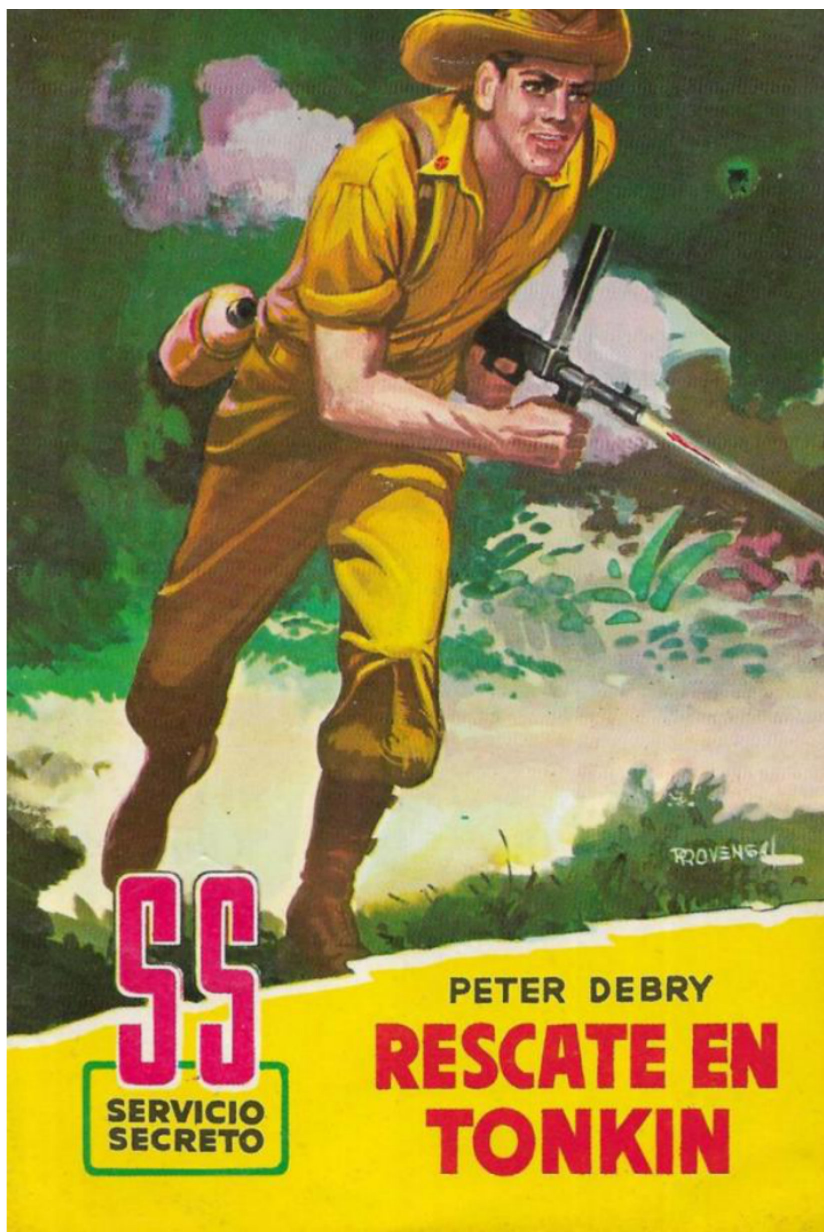

PROVENSAL
SS
SERVICIO SECRETO
PETER DEBRY
RESCATE EN TONKIN

PETER DEBRY

RESCATE EN TONKÍN

1ª EDICIÓN
MAYO – 1955



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS EN ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

66. — Cadáveres ambulantes. 69. — Gongo Kong. 71. — Tiburones del «Tritón». 73. — Balas perdidas. 77. — Tobillos de oro. 80. — Los muertos no mienten. 91. — La ley del machete. 93. — Cadavera de plata. 95. — Horas trágicas. 97. — La dama de los nenúfares. 102. — La fiera acosada. 104. — Corsarios anfibios. 106. — trágica apuesta. 108. — Los evadidos de Cayena. 110. — La banda de la zarpa. 114. — El caso del caimán. 117. — Arsénico y estilete. 121. — La red del dragón. 123. — Tres en el infierno. 127. — Pistas sangrientas. 132. — El plan «erizo». 193. — El gang del medio rostro. 195. — Testigos siniestros. 197. — «Operación caimán». 199. — Héroes sin nombre. 201. — Piratas de frac. 203. — Agencia de secuestros. 220. — Tres fantasmas.

En Colección PANTERA:
13. — Los guapos de la legión.

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

Impreso en talleres de
Editorial Bruguera, S. A. – Proyecto, 2 – Barcelona

Rescate en TONKIN

por PETER DEBRY



CAPÍTULO I

Roy Moran, al oír el aullido del cabo de puerta, se petrificó al pie de su catre, tal como le habían enseñado en el campamento para entrenar voluntarios de Perth.

En la barraca alojamiento del segundo pelotón de la Compañía Octava de V. V. —Voluntarios y Veteranos— acampando en la punta Noroeste de Australia, entraron el teniente Redfern y el sargento Judson.

El teniente Redfern, de rostro delgado y ascético, poseía la máxima condecoración de las fuerzas
A. N. Z. A. C.,
que había ganado como subteniente meses antes en el desierto de Libia.

Avanzó por entre las dos hileras de soldados impecables y recién afeitados, examinándoles con rápida y escrutadora mirada, con la misma hostilidad impersonal que examinaba una posición enemiga.

Se detuvo delante de Roy Moran, interpelando al sargento Judson:

—¿Cuándo ingresó este joven famélico y esquelético?

—Anteayer, mi teniente. Se llama Roy Moran, y procede del campo de voluntarios de Perth, mi teniente.

—Inspeccione la cama del voluntario Moran.

El sargento Judson, pasando entre los dos catres, cogió el embozo de la manta, y tirando de ella con fuerza hacia arriba, descubrió el «equipo»: cabezal, sábanas, ropa, mudas, botiquín y bolsas, estaban en perfecto amontonamiento reglamentario.

El índice del teniente Redfern apuntó hacia la ventana de la cabecera del catre del voluntario Moran.

—En aquel cristal hay polvo, sargento. Será preciso inculcar al voluntario Moran las nociones de higiene elemental. Ocúpese de ello.

Prescindiendo de seguir su inspección, el teniente Redfern dió media vuelta dirigiéndose hacia la salida del barracón. En el umbral, se volvió para especificar con su voz firmemente pausada:

—Anulados los permisos de fin de semana para todo el pelotón. Buenas tardes.

El teniente se fué, y antes de seguirle, Craig Judson gritó:

—¡Rompan filas! ¡Quedan acuartelados!

Consciente de que le estaban taladrando numerosas pupilas acusadoras, Roy Moran se aproximó a la ventana culpable de la catástrofe.

—¡Podrido fin de semana! —oyó lamentarse al gigantesco Chester Kirby—. ¡Y pensar que estaba yo citado con la más escalofriante de las morenas! Esta noche mataré a alguien.

Roy Moran, larguirucho y flaquísimo, de rostro enjuto, huesudo y grandes ojos pardos, que habían destellado siempre risueños, antes de su ingreso repentino como voluntario, sonrió ácidamente.

Examinó el limpio y transparente cristal, en cuya esquina inferior había una mota amarilla, frágil y brillante.

Pensativo, recogió con delicadeza la polilla que, para suicidarse, no había elegido como el voluntario Roy Moran la Octava Compañía V. V., sino un cristal.

Dominando al murmullo de comentarios descontentos, oyó un enérgico taconeo aproximarse y detenerse a sus espaldas.

—¿Contento, Moran? —preguntaba suavemente el sargento Judson, que súbitamente vociferó—: ¡Media vuelta, voluntario!

En el repentino silencio expectante, giró Moran sobre sus tacones.

Craig Judson, de sólida anatomía, pareciendo menos alto que Moran, debido a la anchura de sus hombros, tenía un rostro triangular, de estrecha frente, ojos verde claro y labios delgados.

—A partir de ahora, soldado, voy a protegerte bajo mi ala. —Y levantando la voz, aseguró Judson—: Os prometo, muchachos, como veteranos que somos, que es la última vez que este esqueleto nos deja acuartelados. Soldado Moran, dígnese vestir la ropa de faena, agarrar trapo, cubo y escoba, y echando lumbre, salivilla y los bofes, emplee toneladas de agua, pero cuando yo vuelva dentro de dos horas, esta pocilga relucirá como el vientre de una rana.

Dirigiéndose hacia la puerta, añadió Judson:

—Dejadle trabajar y no os metáis con Skelet… por ahora, muchachos.

Judson abandonó el alojamiento, y Roy Moran, sentándose, empezó a desanudarse la corbata.

Seguían taladrándole las miradas hostiles, implacables, de los que tenían que ser sus compañeros hasta que el plomo japonés terminara con la íntima tragedia del romántico enamorado Roy Moran.

Todos aquellos veteranos de rostros endurecidos, ¿qué podían comprender del peor de los sufrimientos? Enamorarse perdidamente de la mujer ideal hasta sólo pensar en ella constantemente… y verla casarse con otro. Ésta había sido la causa por la que Roy Moran estaba ahora fregando cristales, en espera del momento de ir a cualquier punto del Pacífico.

Craig Judson inspeccionó las dieciocho cristaleras y dijo secamente:

—Pasable. Voy a ser gentil con usted, soldado Moran. Acepto las ventanas tal como han quedado. Pero recuerde que le tengo atragantado como una espina y hasta que no la escupa o se pudra, las pasará negras. Sepa que aquí, en este pelotón, el que no se porta como un buen compañero, y les revienta a los demás su única salida semanal, las pasa negras. Yo en su lugar adoptaría la medida más prudente: ¡ahorcarme!

En espera del toque de silencio, Roy Moran se ensimismó en la contemplación de las tres únicas fotografías que poseía de Bárbara Reed, «ella».

Ya en ropas menores y disponiéndose a deslizarse bajo las sábanas, vió al atlético Chester Kirby, imaginaria, que le comunicaba hoscamente:

—Te llama el sargento. Preséntate inmediatamente en su tienda.

Se vistió en la penumbra. Fuera era agradable respirar, saliendo de la atmósfera del barracón.

«Seguramente Judson ha inventado algún nuevo servicio nocturno», se dijo Moran, doblando la esquina del barracón.

Antes de que pudiera ni siquiera alzar una mano, quedó inmovilizado desde atrás y costados, por los codos, muñecas y rodillas.

—¡Y va la primera dosis! —susurró una voz, que no pudo

identificar.

Trató de zafar la cara y el golpe chocó en su oreja. Forcejeó en vano en la obscuridad, para librarse de las manos y rodillas que le mantenían con rudeza.

Un segundo golpe resonó en su nuca, y perdió el conocimiento.

Cuando abrió los ojos, fué reptando por la hierba arenosa. Le dolía la cabeza y tuvo que emplear cinco minutos para llegar arrodillado a la acequia distante menos de diez pasos.

Se puso en pie, chorreante, secándose rostro y cogote, con los faldones de la camisa.

Quedó erguido, al reconocer al que estaba a su lado, desde hacía unos segundos. Era asombroso el arte de Craig Judson para deslizarse sin ruido, pese a su musculosa corpulencia.

—¿Le inspira paseos poéticos el claro de luna, voluntario Moran?

—A veces.

Aquel alambre tenía mucha energía concentrada en los pardos ojos, pensó Judson, antes de exhibir los caninos, silabeando:

—¿A veces, quién?

—A veces, mi sargento.

—Hay una tablilla dentro del barracón para formular quejas por escrito. Supongo que sabe leer.

—Sí, mi sargento, pero no sé escribir.

La sonrisa de Craig Judson era semejante al mordisco de un tigre juguetón. La de Roy Moran, parecía la de un humorista mordiendo limón.

—Si vuelvo a sorprenderle fuera del alojamiento después del toque de silencio, le ocuparé en una tarea graciosa, por tres noches. Recoger agua de la acequia en un cedazo y trasladarla a un barril sin fondo. Ahueque a paso ligero.

En el barracón cesaron los cuchicheos al entrar Moran. El imaginaria Chester Kirby inquirió con fingida solicitud:

—¿Estuvo cariñoso el sargento Judson?

Sin contestar, Roy Moran se detuvo en el centro de las dos hileras de catres. Entrechocó las huesudas palmas y anunció, con su peculiar sonrisa de mordedor de limón:

—Tres de vosotros, a traición, con alevosía, nocturnidad y en descampado, me habéis dado una puerca novatada. Doy un aviso

verbal y privado, no tengo músculos, pero poseo en usufructo por la generosidad del gobierno, un soberbio
B. A. R.
[1] Y juro como me llamo Moran, que le descerrajaré un cargador entero al primer cobarde que pueda yo identificar y que me golpee por la espalda. Y ahora, buenas noches, simpáticos. A roncar, como cerdos. Todos, incluido yo.

Hubo risas ahogadas, cuchicheos, imitaciones de toda clase de cloqueos corraleros, pero como los ejercicios de «último entrenamiento» eran agotadores, pronto reinó el silencio.

Pensó Moran que tenía razón el sargento instructor del campo de entrenamiento preliminar en Peth, cuando dijo: «En las compañías V. V., sólo pueden alistarse veteranos insensibles o voluntarios hartos de vivir».

Y él estaba harto de vivir, porque en el fondo era un sentimental, bajo su capa de supuesto humorismo. De nada le había servido filosofar. No había podido resistir permanecer en Sidney al casarse Bárbara Reed con aquel mentecato intelectual, tímido y ensimismado, el arqueólogo Michael Garnett.

Le había sido insoportable seguir viéndola. Prefería estar entre aquellos veteranos insensibilizados por la guerra.

El teniente Redfern iba a revistar antes de cinco minutos. Roy Moran comprobó la transparencia impecable de los cristales, y ajando la manta verificó de nuevo…

Maldijo entre dientes, procediendo a rehacer aprisa la simetría. Alguien había embarullado las botas, cazadora y vendajes.

Terminaba ya de «empaquetar» y estaba alisando la manta, cuando desde el umbral dió el grito de ritual atención, el cabo Sam Curtis.

El teniente Redfern, seguido por Judson, pasó ante Moran, sin detenerse. Poco después abandonaba el barracón y los componentes del segundo pelotón se organizaron en grupos, yendo a la cantina.

Reflexionó Moran que debió de ser mientras se hallaba en el refectorio, cuando alguien revolvió en su equipo.

A solas, rebuscó en su saco personal la carterita en que guardaba las tres fotografías de Bárbara Reed y un billete de diez libras.

Se irguió, lívido, experimentando un furioso deseo de empuñar el rifle y terminar con todo el pelotón, sargento incluido.

Lo de menos era la desaparición del dinero. Lo que le estaba, velando de rojo la visión, era que las tres fotografías estaban atrozmente desfiguradas con tinta china, raspaduras y pegotes.

El rostro femenino de suave belleza inteligente, se había convertido en un amasijo informe con lentes, bigote y barbas…

Los vestidos femeninos se habían transformado en plumas de loro, silueta de canguro y diana de tiro, respectivamente.

Roy Moran abrió y cerró las flacas manos repetidamente. Cuando se hubo calmado, quemó las tres fotos y se puso a escribir en una hoja de su libreta:

> «A los hombres del pelotón 2.º, compañía C.:
>
> »Diez libras en un solo billete faltan en el saco del voluntario Moran Roy. La restitución del dinero me tiene sin cuidado, y no pienso dar parte oficial. Sólo quiero romperle los huesos al bestia que ha mutilado tres retratos. Quiero romperle los huesos con mis manos Aquel o aquéllos a quienes concierna este aviso, que tengan el valor de dar la cara, suponiendo que tengan un mínimo de hombría.
>
> »*Moran, Roy*».

Fijó Moran la hoja prendiéndola con chinchetas en la tablilla interior de: «Avisos. Objetos perdidos. Objetos hallados».

Cuando después de cenar regresó se detuvo ante la tablilla. En substitución de su aviso, había otro que decía:

> »A Moran, Skelet, le participamos que además de dibujantes, somos puro hueso irrompible. Firmamos:
>
> »Kirby, Chester.
>
> »Holmes, Harold.
>
> »Mackey, Earl.
>
> »Duchemin, Henry.
>
> »Lapier, Georges.
>
> »Busey, Clark.

En el barracón, tres jugaban al «*poker*», dos a los dados y los otros escuchaban la radio, menos el primera Joss Ambros, que

estaba medio tendido, limpiando su pipa.

Roy Moran se le acercó:

—Quiero hablarte, Ambros.

—No soy sordo.

—Fuera te diré lo que quiero pedirte.

—¿Por qué precisamente a mí?

—Porque eres el único aquí dentro que tiene un vago parecido con un ser humano.

Poco después, Joss Ambros distinguía la delgada silueta del que esperaba cerca de la acequia, en la penumbra.

—Si es para que te preste dinero, vas listo, Skelet.

—He arrancado esta lista de seis cerdos. Y quiero que me sirvas de segundo.

Joss Ambros estalló en risa regocijada.

—¿De qué has dicho?

—De testigo imparcial. No puedo romperles la cara a los seis a la vez, sino en fila india.

—Tú, estás peor que loco.

Ambros tomó de manos de Moran el papel, y fué leyendo los seis nombres.

—Son precisamente los matones de más kilos del pelotón.

—No me importa.

—Ten presente que el menos pesado de estos seis pasa de los ochenta.

—La carne de hombre no se mide por peso ni talla, sino por coraje. El teniente, el cabo Curtis y tú, estáis condecorados, y sois pesos ligeros.

—Una cosa es emborracharse apretando gatillos, y sembrando «pifias». Otra muy distinta hacerles frente a puñetazos a estos mastodontes. ¿Qué echas tú en la báscula?

—Sesenta y cinco.

—¡Ay, mamá! Te van a matar por etapas. Además, el sargento Judson no lo permitirá.

—Dentro del barracón, sí, estando conformes el cabo Curtis y tú. Judson no me puede tragar ni de perfil —sonrió Moran, ácidamente.

—Escucha, campeón. Ya que te empeñas arreglaré la cosa con guantes de diez onzas y asaltos de dos minutos, pero para árbitro…

—No quiero árbitro ni cronómetro —atajó Moran—. Cuando uno de los dos ya no pueda levantarse, el combate habrá terminado, y que pase al salón el siguiente.

—Escogeré entonces los guantes de doce onzas…

—No quiero guantes. Puños limpios… Mejor dicho, puños desnudos.

—¡Ay, mamá! ¿Qué prisa tienes por ir a la mesa de reparaciones? Dicen que antes de que se cumpla el mes, iremos al frente asiático.

—Esta misma noche, si me quieres hacer este favor, puedes arreglarlo con el primero de la lista.

—El primero es Kirby. Participó en el torneo «Guantes de Oro», pesos pesados, en Sidney, y llegó a finalista. Fué Judson el que lo seleccionó en Libia, así como a los otros cinco, porque eran pesos pesados profesionales y tenían pegada, ligereza y mala baba.

—También reboso yo de mala baba. Confío en ti para convencer al cabo Curtis y arreglarlo, Ambros. Gracias. Hasta luego.

Joss Ambros vió alejarse la flaca silueta. Sacudió la cabeza intrigado, y poco después, en el barracón, se sentaba junto al primero de la lista: Chester Kirby, un metro noventa y dos, noventa kilos.

Kirby sonrió desdeñoso e incrédulo oyendo el reto.

CAPÍTULO II

El tercer directo de Chester Kirby envió al suelo a Roy Moran, que apenas, rozó la madera con las espaldas, saltó en pie como si tuviera muelles en los fondillos.

Fué tan veloz su reincorporación con los puños hacia adelante, que consiguió conectar ambos puños en el centro del ancho rostro bestial de Chester Kirby.

Repentinamente sangrando por la nariz, Chester Kirby substituyó la mueca profesional y desdeñosa por una expresión de furor incrédulo.

Colocó su izquierda abierta tras los riñones de Moran, y sin esquivar los puños que le martilleaban el rostro, atrajo hacia sí al flaco contrincante.

Distendió hacia arriba el brazo derecho, y varias gargantas gritaron:

—¡Buuuu… mmmm!

Kirby golpeó por segunda vez mientras se desplomaba Moran, que permaneció boca arriba sobre la madera.

—Ya está bien, Kirby. Fuera de combate rotundo —dijo Ambros, interponiéndose.

—¡Quítate de en medio! —chilló una voz.

Era la de Roy Moran, que empujando con fuerza contra el suelo, pecho y manos, consiguió levantarse.

Avanzó tambaleándose, inundado el lado derecho del rostro por la sangre de su ceja abierta.

Kirby golpeó de nuevo una sola vez, en pleno mentón de Moran, que retrocediendo unos pasos sin tocar el suelo, chocó con Ambros y fué deslizándose lentamente, hasta quedarse inmóvil.

Ambros, arrodillándose, oyó la respiración del que ojos cerrados, permanecía inerte.

—«Okey», Kirby. Vencedor por rotundísimo fuera de combate.

Fueron dispersándose los que hasta entonces formaban círculo, y mientras Ambros arrastraba por los sobacos al inerte Moran, gruñó Kirby:

—Es fantástico… Este esqueleto consiguió sonarme el respiradero…

Joss Ambros fumaba su pipa, mirando como Moran, bajo el chorro de la ducha, se refrescaba la cara y el torso magullado.

Tenía el ojo derecho cerrado y seguía sangrando por la boca, mientras se secaba con la toalla, que iba tornándose de color grana.

—Bueno, ya basta, ¿no, Skelet? Anularos los demás esqueleticios…

—¿Quién sigue en la lista?

—Escucha, Moran. Te van a destrozar. Todos ellos fueron boxeadores, y han practicado en los campamentos, y sobre todo en el frente de Libia…

—El siguiente es Holmes —leyó Moran en la lista—. Avísale que dentro de tres noches le romperé los huesos.

—¡Ay, mamá! Yo pensaba llevarte de guardaespaldas en mi escuadra.

—Es a propósito de Roy Moran, el voluntario, mi sargento — declaró Ambros.

El sargento Craig Judson, que estaba leyendo las aventuras de *Flash* Gordon, dobló la hoja y silabeó:

—Bien, ¿y qué?

—Moran ha retado a cinco más, y lo van a destrozar, mi sargento.

—Usted es un veterano, Ambros. Las fricciones entre soldados deben resolverse a lo hombre, sin parte por escrito. Éste es mi lema, Ambros, y mientras no trascienda ni se realicen las peleas en horas de servicio, los asuntos privados de mi pelotón deben resolverse privadamente. Media vuelta, Ambros.

Harold Holmes conectó su primer unodos, cuando Moran todavía no se había puesto en guardia. Y prodigó Holmes una serie demoledora sobre un hombre ya noqueado, pero que en pie, persistía en no querer caerse. El propio Holmes, fatigado, empujó a su pegajosa víctima para que cayera al suelo.

En la enfermería, el doctor aplicó esparadrapo tenso, y dijo:

—En un par de días estará usted nuevo, voluntario. Y en lo sucesivo vigile al entrar en la barraca de herramientas. Siempre hay palas y picos mal estibados.

Al tercer encuentro, ahora con Earl Mackey, el voluntario Moran ingresó en la enfermería con la nariz rota. El médico fué extirpando las esquirlas de hueso y escribió en el parte lo que declaró fatigosamente Moran: «Lesiones producidas por la caída de una carga de leña».

Al cuarto día de estar en la enfermería, el médico explicó a Moran que uno de los «leños» le había golpeado en la garganta.

Los músculos habían sufrido una parálisis temporal, afectando la laringe.

—Pensé que te ibas a quedar sin voz, muchacho. Ya la has recuperado, pero te quedará para siempre esta afonía. En vez de contralto, tu voz es de bajo, bajísimo, ahora. Y entre nosotros, Skelet Moran, te diré que me admira tu coraje, pero si sigues así, te meterán en un ataúd aquí mismo.

—Así usted podrá firmar la primera baja del segundo pelotón, señor.

—Eres un animal salvaje, Skelet —replicó el insensible médico, dando una palmada afectuosa sobre la huesuda diestra de Moran.

A media tarde, vió Moran aproximarse al teniente Redfern, seguido del inevitable Judson.

Además de la transformación de la voz, se había verificado un notable cambio en los rasgos físicos del que ingresó con un rostro liso, larga nariz y cejas rectas.

Una cicatriz rayaba en diagonal la arcada superciliar, dando una expresión sarcásticamente interrogativa al semblante de nariz completamente achatada.

—Buenas tardes, voluntario Moran —saludó Redfern, con su habitual parsimonia—. No se mueva. Tengo entendido que cada dos o tres días, tropieza usted con postes, leña y herramientas. Cada vez que tropieza, aterriza en la enfermería. ¿Tiene alguna queja que darme?

—Sí, señor. Tengo que informar de que envío mi protesta al gobierno federal.

—¿Sí? Tome nota, sargento. ¿Qué le sucede, soldado Moran?

—Que es un asco una enfermería atendida por hombres. Solicito el envío de enfermeras amables, cariñosas y a ser posible parecidas a Greer Garson, que es mi tipo favorito.

—Sargento, vaya a ver si estoy en el patio, y aguárdeme allí.

—A la orden, señor —aprobó Judson, saludando y alejándose.

Una expresión sonriente iluminó el semblante severo del teniente Redfern.

—Hay palizas heroicas, Skelet. Empiezan a hacer apuestas entre sí los de su pelotón. Unos apuestan cinco a tres a que está usted loco y quedará inútil. Otros apuestan cinco a uno, a que tiene usted, un coraje excepcional, y que llegará indemne a Tokio. El sargento Judson declara que usted es un salvaje tonto, lo cual es el máximo elogio en boca de Craig Judson. ¿Qué se propone demostrar, Skelet?

—Nada en absoluto, señor.

—Esto es lo malo… Usted ha venido aquí a olvidar algo, y se imagina que el mejor sistema es buscar el medio de romperse el cuello cuanto antes. ¿Me permite una confidencia, Skelet?

—Sí, señor —dijo roncamente Moran.

Ya no le dolía la garganta, pero le arañaba. La repentina afectuosidad del habitualmente lacónico Redfern, le producía un emotivo sentimentalismo ridículo, pensó.

—También yo tenía veintitrés años cuando me alisté. Ella era única, divina, celestial. Yo la adoraba en silencio, desde cerca, sin hablarle de mi amor. Han pasado cuatro años, y a ratos me cuesta recordar si tenía los ojos azules tirando a grises, o grises tirando a verdes.

—Gracias, señor. Para mí solo han pasado dos meses. Tal vez me cure… Pero, lo dudo. Repito las gracias, señor.

—Yo a usted. ¿Seguimos o le dejamos, Skelet?

—Seguimos, mi teniente. Sería la primera vez que un salvaje del segundo pelotón se rajase, ¿no, mi teniente?

—Gracias, Moran. Si le entierran… enterrarán a un valiente romántico. Buenas tardes, voluntario Moran.

Al cuarto encuentro, Henry Duchemin fué trasladado a la enfermería con tres dientes rotos: los incisivos inferiores, y el medico dijo que necesitaría un «*bridge*» para poder comer. Y que en lo sucesivo se fijase mejor antes de pisar una vigueta de hierro en equilibrio.

Roy Moran recuperó el sentido bajo la ducha, oyendo la voz triunfal de Joss Ambros:

—¡Te tumbó, pero casi lo teníamos al bordo del «k. o.» rotundísimo! Vamos progresando, Skelet.

Al quinto combate, Moran fué llevado en andas hasta la ducha por el cabo Curtis, que dijo:

—Ha sido una suciedad, caramba. Lapier se encorajinó y quiso pegarte de puntapiés cuando estabas en el suelo. Joss Ambros le atizó, y ya se ha calmado el gallinero.

Roy Moran tenía los dos ojos cerrados, pero la carne cruda que vino a aplicarle Ambros, le permitió efectuar su entrenamiento de comando al día siguiente.

Era el último combate, y le bastaba con permanecer de bruces, para terminar con aquella peladilla.

A través de un velo sanguinolento, vió a Clark Busey que, en pie, le dominaba en toda su anchura.

Era ya la quinta vez que Busey le enviaba a besar la madera. Pero Clark Busey tenía un ojo cerrado, sangraba por la boca, y gemía apoyando una mano en su estómago.

Roy Moran sintió la deliciosa tentación de seguir tumbado. La honrilla quedaba a salvo, y ya les había demostrado a todos que poseía una voluntad inquebrantable.

Rechinó los dientes y se incorporó lentamente. Adelantó los puños dando a los brazos toda su envergadura, en espera del golpe de gracia. El rostro tumefacto de Clark Busey flotó ante sus ojos: blanco y rojo, haciendo nerviosas muecas…

Golpeó Moran sañudamente aquel rostro espectral con todas sus fuerzas ultimas, y los ochenta y cinco kilos de Clark Busey se desplomaron ruidosamente.

Moran, atónito, tambaleándose, contempló la masa carnosa a sus pies. Una masa resollante, que trataba de incorporarse…

¡No era él quien estaba en el suelo… sino el otro!

Joss Ambros contaba los segundos con una lentitud zumbona…

Roy Moran rió con salvaje alegría, contraídas las deformadas facciones.

Se incorporó Busey respirando entrecortadamente. Tenía la expresión de una fiera asustada…

Sus puños se movían vacilantes, y gruñía como un oso sorprendido:

—Vamos, Skelet, vamos… Ya está bien…

Acentuó Moran su silenciosa risa salvaje avanzando hacia Busey, que aterrorizado, intentó el cuerpo a cuerpo, como recurso supremo.

Pero sus golpes eran blandos e imprecisos. Esquivó Moran un desesperado *swing* que le habría tumbado, y hundió sus dos puños en el estómago de Busey.

Los brazos de Clark Busey colgaron inertes, y Moran prodigó ganchos, *jabs, crochets* y toda la gama aprendida a su costa.

Resollaba, en anhelante súplica:

—No te caigas, Busey. Todavía no, Busey. Un poco más, Busey…

Golpeaba con rapidez electrizante, insensible al dolor de sus nudillos sangrantes, y por fin, falló un escalofriante *jab*, al desaparecer Clark Busey de su proximidad.

Cayó arrodillado Moran sin respiración, llevado de su propio impulso.

A su lado, boca arriba, Clark Busey sollozaba desvanecido.

Se levantó dificultosamente Moran, y alzando las dos manos entrelazadas, anunció con su afónica ronquera:

—Y ahora…, nadando me iré al Japón, para poder emplear… el lanzallamas contra… todos vosotros, banda de polillas…

Nadie le contestó, porque miraban a Clark Busey que gemía en el suelo, arañando la madera, y pasándose las manos por los ojos ensangrentados.

Roy Moran se inclinó sobre él, y dijo con brusquedad:

—No te frotes los ojos, borrico. Después tendrán que desinfectarte con zotal. Vamos a la ducha, borrico. Se acabó la lista.

Roy Moran, ayudado por Joss Ambros, consiguió levantar el pesado corpachón de Busey.

Rieron todos, al oír sollozar a Busey, medio inconsciente:

—¡Qué bestia! No hay derecho, Skelet… ¡Qué bestia!

CAPÍTULO III

—Levántese, por favor, soldado Skelet —suplicaba humildemente el sargento Craig Judson.

Roy Moran se levantó, y el sargento Judson le siguió hasta una enorme sala pintada de amarillo, iluminada por arañas amarillas.

Había una sola mesa, larga, amarilla, y un solo sillón dorado en el que se sentó Roy Moran, mientras a su lado, en pie, Craig Judson le presentaba, con una reverencia, una estilográfica de oro.

Un almirante y dos generales japoneses se aproximaban presentando sus sables a Moran, mientras el sargento Judson, en posición de firmes, decía respetuosamente:

—El ejército, la armada y la aviación japonesa sólo quieren rendirse ante usted, soldado Skelet.

—Me parece muy bien —asintió Moran—. ¿Es reglamentaria y conforme a las ordenanzas esta estilográfica, sargento? Si no, le voy a empaquetar y las pasará negras. Lo enviaré al barbero para que le deje el cráneo más brillante que la barriga de una rana, ¿estamos, Judson?

Craig Judson sonrió humildemente…

—¡En pie, aquí dentro! ¡Arriba, manada de marmotas! —vociferó el sargento Judson.

Roy Moran se despertó, incorporándose sobresaltado.

Imprecó al chocar su cabeza contra la litera superior, y fué recordando que era el cuarto día de su permanencia en un transporte, que navegaba rumbo al «punto X», para desembarcar a la hora «Y», y atacar al minuto «Z», según se había dignado explicar Craig Judson.

En aquel sollado estaban tan sólo los doce hombres que componían el segundo pelotón de la octava sección de la Compañía C.

Unas abluciones rápidas, y cada cual se sirvió de su termo y de

la ración en frío. A los cinco minutos, ya equipados, oían los ladridos del sargento Judson:

—¡Cabo Curtis!

—Sam, presente.

—¡Primera Ambros!

—Joss, presente.

—¡Veterano Boyd!

—Neil, presente.

—¡Veterano Busey!

—Clark, presente.

—¡Veterano Duchemin!

—Henry, presente.

—¡Veterano Holmes!

—Harold, presente.

—¡Veterano Hermann!

—Sam, presente.

—¡Veterano Kirby!

—Chester, presente.

—¡Veterano Lapier!

—Georges, presente.

—¡Veterano Mackey!

—Earl, presente.

—¡Voluntario Moran!

—Roy, presente.

—Descanso —ordenó Judson, empezando a pasear por entre las dos filas de literas—. En este barco van las dieciocho secciones de la Compañía C. Nos llaman los Tigres Velvet[2]. Es preciso demostrar que no somos gatos anémicos. Hasta ahora, Moran, has realizado ejercicios en que teóricamente bombardeaban, y los heridos y muertos lo eran también teóricamente. Pero dentro de poco, los bombardeos, los heridos y los fiambres ya no serán teóricos, sino audibles, visibles y olfateables. Este barco… ¿qué pasa, Moran?

—Este barco es también teórico, me parece, mi sargento, porque prácticamente es un bailarín de bugui.

—Mañana me reiré más. En la playa «x» pronto vas a ser tú el bailarín. Confío plenamente en el cabo Curtis y el primera Ambros, que me responden de los hombres a su cargo. Yo respondo por todos. Nos van a desembarcar en un punto de la costa sur de

Indochina, donde los japoneses empiezan ya a retirarse… teóricamente. Cuanto más hacia el norte se retiren, antes descansaremos o ascenderemos, ya que los Velvet tenemos el privilegio de licencia automática, apenas cesen las hostilidades y el Gran Mikado diga que ya no juega más. Estad atentos a aquella bombilla. Cuando se encienda, preparados para el transbordo al lanchón de desembarco.

A las seis de la madrugada, el lanchón de desembarco se empotraba en la arena de una playa.

Pelotones de Velvets estaban ya corriendo hacia las escarpaduras de la loma tras la que retumbaban estampidos que semejaban producidos por una incansable tormenta estruendosa.

Estallaban minas, obuses y granadas, alternando con la artillería naval y los zumbidos de aviones lanzados en oleadas celestes, para proteger el desembarco ANZAC.

Corriendo tras Earl Mackey, procuraba Moran acortar su zancada. Estaba ensordecido, asustado, y pensó que llevar un rifle sin saber hacia dónde descargarlo, era otro absurdo más.

Hubiese deseado estar metido en uno de aquellos tanques que veía oscilar sobre la loma y desaparecer pendiente abajo.

El sargento Judson había alcanzado ya la cumbre de la loma, y señalaba con su metralleta «Browning» hacia abajo, con repetidos ademanes invitadores. «Como si allá abajo nos esperasen para jugar al *rugby*», meditó Moran, tratando de no encoger el cuello a cada zumbido que oía silbando demasiado cerca.

Crispadas las mandíbulas siguió corriendo tras Mackey, que loma abajo, daba ahora saltos de canguro corpulento.

Había que evitar el tropiezo en los hoyos recientemente abiertos por la artillería naval y la aviación ANZAC.

Divisaba cuerpos mutilados, pero no quería detallar, y sólo pensaba en llegar cuanto antes tras de una pared, de un tanque, de algo sólido, y no estar atravesando aire poblado de silbidos agudos.

Se tumbó boca abajo, exhausto, dentro de lo que habría sido poco antes una trinchera japonesa. A su lado, Joss Ambros vociferaba:

—¡Cubierta completa!

Roy Moran, sudando copiosamente, comprobó que el pelotón segundo estaba intacto en aquella trinchera. Y faltaba tan sólo Craig

Judson…

Se alegró Moran.

No le había gustado nunca aquel tipo de ojos verdes y desdeñosa boca que parecía un corte de bisturí en la faz triangular.

En aquel vallecito había un hermoso riachuelo, cruzado por un puente de madera colgante de hierros.

Grupos de Velvets corrían hacia el riachuelo, y desde varios puntos de la loma frontera, partían fogonazos constantes…

Se sobresaltó al oír la voz de Judson que estaba explicando al primera Ambros:

—Hay un nido en la cresta aquélla, Ambros. Nos toca apagarla. Yo iré con los hombres de Curtis, que «se ha quedado» atrás. Tú, con los restantes, atacarás por el flanco izquierdo. Preparado.

En el riachuelo, a cada lado del puente, se agitaban Anzacs, y dijo Ambros:

—Son pontoneros. Ellos sí que se juegan la piel.

Ráfagas de ametralladoras iban doblando a pontoneros…

Una contracción espasmódica empezó a recorrer la garganta, el estómago y la espina dorsal del voluntario Roy Moran.

Admiró a Craig Judson, que en pie, corría acrobáticamente, terciada ante el pecho la metralleta, llevando al cuello la bolsa de granadas.

Corría ya por el puente, solo, entre salpicaduras de agua subiendo en penachos y rebotes de plomo en reguero chispeante.

Estaba el sargento al final del puente, cuando entraba en él Neil Boyd, que corriendo agazapado, estaba cerca del final, cuando se detuvo, como si varias manos le hubiesen empujado a la vez.

Agitó los brazos, mientras su casco volaba…

Clark Busey saltó por encima del cadáver de Neil Boyd…

Duchemin y Hermann estaban ya arrastrándose sobre codos y rodillas, loma arriba, tras Busey y el sargento, cuando Moran oyó la voz calmosa del primera Ambros, diciendo:

—Vamos, Holmes. Galopa, hermano.

Y segundos después:

—Vamos, Kirby. Galopa, hermano.

Castañeteándole los dientes, pensó Moran con rabia:

«A mí no me puede ordenar que pase por aquel puente. Es mi amigo Joss Ambros. Aquel puente está ardiendo, y va a explotar».

—Vamos, Lapier. Galopa, hermano.

En el puente, varios morterazos habían prendido fuego, y una llama convertía en pavesa humano el cuerpo tendido de Harold Holmes…

—Vamos, Mackey. Galopa, hermano.

«Yo me quedo aquí. Esto es suicidarse tontamente».

—Vamos, Skelet. Galopa, hermano.

Roy Moran no se movió. Varios proyectiles de mortero estallaron en mitad del puente.

Roy Moran encajó en el casco un culatazo.

—¡Vamos, hermano! —vociferaba Ambros, en pie—. ¡Los dos juntos llegaremos a Tokio! ¡Vamos, amigo!

Roy Moran se incorporó, y abalanzándose corrió frenéticamente en línea recta, codo a codo con Ambros, al que pronto dejó atrás.

Una ráfaga de ametralladora levantó astillas ante él, pero sin dejar de correr en línea recta, se preguntó si aquel puente era interminable, o de pronto se zambullirla en el agua.

Instantes después se tendía de bruces, resollando sobre la hierba chamuscada, oyendo voces que decían:

—Preparados.

Y a su lado, manifestó Joss Ambros:

—*Okey*, Skelet. Llegaremos a Tokio. Te has portado bien. Ahora sólo queda lo más fácil. Sígueme.

Junto a él, Ambros y Mackey iban lanzando granadas. Y Moran se tumbaba, cuando ellos lo hacían.

Después corrió disparando, en línea recta…

No distinguió netamente un solo japonés, hasta que tras unos minutos de feroz confusión, oyó ladrar al sargento Judson:

—¡En formación y paso de marcha! ¡Vamos!

Fueron caminando escrutadores, dirigiendo las bocas de sus armas hacía oscilantes masas vegetales.

Media hora después, estornudaba repetidamente Moran, y Judson gritó, apareciendo de pronto:

—¡Metedle una culata en la nariz a ése del moquillo!

Tapándose las fosas nasales, refunfuñó Moran:

—Sólo me faltaba eso. El moquillo.

CAPÍTULO IV

Al segundo día de marcha por el litoral indochino, Roy Moran sabía ya estornudar sin ruido, y había asimilado que la diferencia entre él y un japonés, estaba en el color del uniforme bajo el barro, y sobre todo en que el japonés era un blanco viviente con un cinto negro, charolado, que permitía localizarlo.

Y ya sabía dormir sentado contra la espalda de otro, generalmente Earl Mackey. Y que lo que estaban ventilando a base de quemar mucha pólvora y caminar cuatro horas, y dormitar una, masticando raciones en frío, era ir hacia el norte.

Dejando atrás crestas, nidos, lomas, charcos pantanosos y matorrales. Y algún que otro Velvet.

Ahora avanzaban aislados, orientándose por la silueta de Craig Judson que aparecía de pronto, cuando Moran abrigaba la ilusión de haberlo perdido definitivamente de vista.

Joss Ambros fumaba en pipa, pero una pipa apagada. Iba a ser cabo, le había prometido Judson, ya que Sam Curtis «se había quedado atrás». Abrazado a dos japoneses, tan muertos como él, en revoltijo fraternal.

También «se habían quedado atrás», por orden alfabético, Neild Boyd, Henry Duchemin, Sam Hermann y Harold Holmes.

Pero los que estaban andando, iban hacia una granja, cuya situación en el plano había señalado Judson, como punto de reunión con la sección octava, en la que esperaba el teniente Redfern, para juntos unirse al resto de la Compañía C.

Roy Moran se remojó los labios, antes de bostezar con avidez.

Veía un establo bienoliente, una vaca, lustrosa, y él estaba debajo tendido entre montañas de paja, chupando de las ubres.

Dos horas después llegaban a la granja. Un caserón de piedras grises perdido entre pastos y setos.

Un sargento comunicó que el teniente Redfern «se había

quedado atrás», bajo un tanque japonés que él mismo había incendiado antes de que el tanque, cayendo de lado, lo aplastase.

El otro pelotón estaba «de escucha» a cien metros, al norte de la granja.

El pelotón primero «acampaba» en el establo y la planta baja.

—¿Cuántos sois, Wymor? —quiso saber Judson.

—Ocho conmigo.

—«Acamparé» arriba. ¡Ambros! Distribúyelos en el piso alto.

El sargento Wymor, comandante del primer pelotón, comunicó que había «indicios» de una compañía de fusileros japoneses hacia el este.

Cogió Judson sus gemelos, y tras unos instantes de observación, comentó:

—¿Dónde tenemos que «contactar» con la compañía?

—Cota 14, norte río marcado
11 B.
Tengo los pies llagados, Judson.

—Anda sobre las manos y no te dolerán las llagas. Voy arriba.

En la alcoba donde Ambros y Mackey se sentaban de espaldas a las dos ventanas, Roy Moran miró cariñosamente la gran cama, sobre la que había un crucifijo.

Sentía deseos de hundirse bajo las sábanas, y aplicar los riñones sobre algo blando, que no fueran matorrales, cañas de bambú, o tierra removida y cenizosa.

Palpaba ya las almohadas, mirando sobre la mesita de noche la Torre Eiffel en miniatura de aluminio, cuando estallaron disparos…

Craig Judson, entrando, anunció:

—Se han cargado al pelotón tercero. Pero sólo son medio centenar de macacos anémicos. Tú, Skelet, a la ventana con Mackey. Y no desperdicies plomo. Sólo al centro del cinto, que es el único blanco decente.

Con pena apartó Moran los ojos de la enorme cama fascinante.

Craig Judson, desde la ventana, disparaba en abanico hacia abajo. Con la culata de la metralleta «Browning» apoyada en la cadera. Fríamente, como un gangster aburrido…

Corrió Moran junto a Mackey, arrodillado.

Earl Mackey, el que le había convertido la larga nariz en carne chata sin hueso, y su voz de contralto en «bajo afónico», disparaba

hacia las siluetas terrosas que a una velocidad simiesca corrían hacia el paredón de piedras grises.

«No deberían acudir todos juntos —meditó Moran—. Alinear el punto de mira con el centro del cinto negro».

Fué apretando el gatillo como lo hacían Ambros y Mackey. Espaciadamente, reteniendo el aliento a cada balazo que brotaba.

«Cazadores al acecho, cazadores sitiados, cazadores reventados de sueño», definió mentalmente Moran, mientras la madera del marco de la ventana saltaba a trocitos, y su casco repiqueteaba.

—¡Vamos, vamos! —aulló Judson, renovando el cargador de su metralleta humeante—. ¡No os acurruquéis banda, de marmotas!

Estallaron unas granadas y vió Moran cómo las siluetas terrosas corrían ahora en sentido contrario al paredón. Joss Ambros tiró otra granada…

—¡Fuego a mansalva hermanos! —bramó Judson, Moran disparó contra dos japoneses. Los vió saludar y caer.

—Reposo, marmotas —dijo Judson—. Tú, Mackey, sigue ojeando.

Joss Ambros estaba ya indolentemente echado sobre la cama, encendiendo con gestos voluptuosos su pipa.

A su lado se tendió Moran. Oía en el pasillo al sargento Wymor que le decía a Judson:

—Tanques a una milla, Judson. Anocheciendo, intentaré salir con los míos. Cada uno para sí, hacia la cota 14, norte río 11 B. Van a volver…

No oyó más Moran, porque se durmió profundamente.

Despertó sacudido por los hombros. Joss Ambros explicaba:

—Vamos a intentar la retirada hacía una cama tranquila, Lapier, Mackey, tú y yo. ¿Enterado Skelet?

—Enterado, hermano.

Como un sonámbulo llegó hasta un espacio abierto en la planta baja por una granada.

Le acabó de despertar el frescor de la noche. Entre cuerpos inmóviles, retorcidos, vió avanzar reptando a Joss Ambros, imitado por Lapier y Mackey.

Hoy Moran fué progresando lentamente, parándose como los otros, cada tres metros.

Bañado en sudor contempló Moran un seto y las suelas de las

botas de Mackey. Por fin, tras el seto, junto a un camino, los cuatro formaron grupo, sentados.

Se oían lejanos ronquidos y tiroteos.

—Tanques —dijo Ambros—. Hemos de llegar cuanto antes al punto de reunión tras aquel riachuelo.

—Yo me quedo donde estoy —anunció Georges Lapier.

—No puedes quedarte aquí —rebatió Ambros.

—¿No? A ver quién es el que lo impide. Yo seguiré adelante, cuando haya dormido media hora. Tan sólo media hora, Ambros.

—¿Como aquél? —Y en pie señaló Ambros hacia un corpachón reclinado contra una valla.

—Es Clark Busey —identificó, asombrado, Moran—. Lo han clavado en el tronco.

—¡No va a quedar ni uno de nosotros! —rugió Lapier, inyectados los ojos en sangre, de fatiga y sueño—. ¡Estamos copados! —Y calmándose, suplicó—: Largaos y dejadme dormir.

—Vamos los otros —ordenó Ambros.

Earl Mackey atravesó el camino corriendo tras Ambros. Roy Moran, inclinando su alta osamenta, rezongó irónico:

—Un veterano dormido, es un tordo frito.

—Que te frían lejos de aquí, Skelet. Yo no estoy hecho de alambres como tú, condenado.

—Los tanques. ¡Míralos!… Están viniendo hacia aquí —mintió Moran.

Georges Lapier se levantó, emprendiendo la carrera en pos de Mackey y Ambros.

Atravesando el río

11 B

hacia la cota 14, Georges Lapier manoteó antes de hundirse taladrado verticalmente por la ráfaga de una metralleta japonesa.

La metralleta y su dueño volaron entre la nube de tierra levantada por la granada que arrojó Moran, diciendo poco después:

—Un puto y una petaca para el caballero.

Su ronca voz imitaba el canturree de los empleados en las barracas de tiro de feria.

En la cota 14, estaba ya montado el campamento de tiendas y catres para la Compañía C.

El sargento Judson pasó lista al amanecer:

—¡Primera Ambros!

—Joss, presente.

—¡Kirby!

—Chester, presente.

—¡Mackey!

—Earl, presente.

—¡Moran!

—Roy, presente.

Los cinco supervivientes del pelotón segundo de la octava sección, fueron agregados a la quinta sección. Y emprendieron la marcha, hacia Hanoi, la capital del Tonkín, que sólo vieron desde muy lejos ayudándose con prismáticos.

Mes y medio después, en una región de cañaverales profusos, abismos y peñascos, la Compañía C no quedó reducida a cero gracias a la oportuna llagada de una bandera de la Legión.

Aquella región era llamada «territorio independiente Burma». Lo último que vió Roy Moran fué un velo de hermoso color naranja.

Se deslizó lentamente, fuera de combate.

CAPÍTULO V

—«¿Monchiú et chatisfet?» —preguntó Joss Ambros, tras consultar el manual de francés.

Desde su cama, replicó Moran:

—«*Monsieur*» está de rechupete. Esto es vida de rentista.

—Contéstame en francés, hombre, que es lo convenido. Yo no estuve como tú en una agencia de viajes, y quiero poder atacar en francés tan pronto abandonemos este infecto paraíso. Por cierto, que dice la enfermera Mado que se acabó para los Velvet la guerra, porque han estallado no sé cuántas bombas a la vez en un sitio llamado Hiroshima, y los japoneses dicen que ya basta de bromas pesadas, y que quieren rendirse…

—Oye, ahora que me acuerdo —atajó Moran, recordando su sueño—. ¿Sabes algo de Judson?

—Figura con Kirby y Mackey en la lista de desaparecidos en la región Burma. Tuvieron mala suerte, porque los Burma que nos hirieron son bandidos que no hacen prisioneros, sino que hacen picadillo a todo aquél al que cogen con algo de aliento.

En el hospital francés de Hanoi, habilitado para heridos Anzac y legionarios, Roy Moran se desperezó gozoso.

Ya no necesitaba morfina, y habían cerrado las brechas de su costado y pecho, sin dejar más huellas que las cicatrices.

Los cascos de metralla de una misma granada habían tumbado juntos a Moran y Ambros. Éste convalecía también de heridas en pecho y vientre.

—Los Burma eran tonquineses, ¿no?

—Lo son, pero nacen bandidos, y se transmiten el empleo de papás a hijos. Los legionarios dicen que los Burma, procedentes hace siglos de Birmania, son salvajes independientes, que nunca han sido ni serán pacificados. Los japoneses consiguieron hacérselos suyos, regalándoles armas modernas, y los Burma se entusiasmaron.

Nos fuimos a meter precisamente en la zona que ellos consideran sagrada. Por eso nos dieron tantas tortas y luchaban con tanta fiereza. Fíjate… Cada minuto que pasa la noto más suculenta a «mamzel» Mado.

Una enfermera se aproximó sonriente, empujando la mesita rodante con la cena doble, que colocó entre ambas camas.

—¿Hay apetito, «m'sieú» Skelet?

—Montones y horrores, «mamzel».

—«Bucú» de gazuza —afirmó Ambros, mirando extasiado a la francesa. Y añadió—: Oye, Skelet, dile en francés a esta morenucha apetitosa, que tan pronto salgamos de aquí, se busque otra «mamzel» y nos iremos a correr una orgía que dejará en pañales al romano Nerón.

Mado, en su inglés gramatical, agitó un índice, reprochando risueña:

—No puede pensar en esas cosas hasta dentro de dos semanas por lo menos, «m'sieú» Joss.

Se alejó ella, y suspiró Ambros:

—¡Que te crees tú eso! Llevo meses pensando en «esas cosas». —Y ahogando otro suspiro, bastante parecido a un relincho, añadió—: A la que salgamos, Skelet, yo… ¡no sé lo que va a pasar!

—De momento, come, que hemos de recuperar algún kilito.

—Supongo que tu Bárbara Reed será para ti ya un recuerdo muerto y enterrado, porque como dice no sé quién: «El corazón es la tumba de las ilusiones muertas y putrefactas».

—Ya hemos quedado de acuerdo en no volver a Australia, sino en buscar fortuna por el Tonkín, si nos licencian pronto.

Catorce días después eran dados de alta, y en el despacho de personal Velvet Anzac, se les ofreció a elegir:

Licenciados con seis pagas, o ascenso inmediato a sargento, para ir como fuerzas de ocupación a Tokio.

Joss Ambros miró interrogante a Moran, que manifestó:

—Pienso reservar mis fuerzas para ocuparme de Roy Moran, señor. O sea que prefiero mis seis pagas, señor.

—«Okey». Yo digo lo mismo, señor. Voy a ocuparme de Joss Ambros.

Un sargento les informó que en la misma calle, tres puertas más allá, había un almacén llamado «Tout pour Adam», donde por «precio potable, se transformarían de calcañar a occipucio en elegantes y asquerosos paisanos».

Los meses de entrenamiento, boxeo, marcha y convalecencia, habían convertido la flacura de Moran en esbeltez sólida y musculosa dureza resistente.

Se examinó complacido el traje de dril blanco, la camisa de seda gris, la corbata gris perla, los zapatos flexibles de dóngola, y el sombrero panamá.

Eligió Ambros las mismas prendas, pero achaparrado y de nudosos miembros, no tenía la natural prestancia del alto y elástico Moran.

Se examinaron ambos durante unos momentos, riendo. Se encontraban desconocidos. Y por fin dijo Ambros:

—¡Ay, mamá! Te las vas a llevar de calle: Tienes por la cara aspecto de Max Baer, y por la envergadura, algo de Gary Cooper. Antes de conocerme, serías un chico elegantísimo y distinguido. ¿Qué tal luzco?

—Ya te lo dirá Mado, que estás suculento.

—La pérfida ingrata prefirió un subteniente legionario. No sabe la pobrecilla lo que se ha perdido. ¡Tengo hambre y sed de Eva! «Tu pré pur Evé». ¡Vamos, Skelet! Galopa, hermano.

Hanoi poseía un exotismo civilizado. Las industrias tonkinesas puras, eran los talleres de lacas, bordados y orfebrerías. Los bazares de venta eran francotonkineses, y los demás negocios eran regidos por franceses, ingleses y norteamericanos.

Eligieron el «Bar Internacional» como primera etapa, en el frondoso paseo de la Résidence, una de las avenidas centrales de Hanoi, pavimentadas de mármol negro.

Al visitar el quinto bar europeo, Ambros, que sólo bebía cerveza mezclada con *brandy* y ginebra, declaró sentenciosamente:

—Estoy bajo tu ala, Skelet. Guárdame el dinero, júntalo al tuvo, y mañana cuando esté fresco, me dices lo que hemos decidido.

—Decidimos comprar un camión, alquilar un garaje o un establo, y dedicarnos al transporte, que es negocio que deja dinero.

—Dicen que debido a los bombardeos hay muchos sordos —expuso gravemente Ambros—. Y estoy meditando el gran negocio. Vender aparatos para sordos.

—Son caros, y hay que disponer de mucho capital. Tienda, escaparates, aparatos…

—No, hombre, no. Basta con una caja colgada al cuello, unas docenas de botones negros y unos ovillos de cordoncillo negro. Un aparato de los otros vale unos miles, ¿no? Mi aparato, que llamaremos «Roy Joss», podríamos venderlo a cien francos.

—Barato es. ¿Y cuál es el mecanismo?

—El sordo se coloca el botón en la oreja, deja colgar el hilo negro, y la gente, dándose cuenta de qué es sordo, se inclina sobre su oreja y le brama con tanta fuerza, que el sordo, por narices ha de oír. ¡Abajo los camiones, los sordos y lo demás! Vivan las morenuchas suculentas. Fíjate en aquélla del vestido verde y el jersey rojo. ¡Ay, mamá! Nos está camelando. ¿Cómo se dice en francés: «Te voy a estrujar, bebé»?

—Aquí te espero, Joss. Basta con que te arrimes y le des un achuchón. Sin hablar. Si ella te sacude en las muelas, es que nos hemos equivocado, y vas por otra.

—Oye, eres genial, Skelet. Estoy bajo tu ala.

Sonrió Moran sin la menor acritud. Tenía un amigo, ingenuo y leal, y empezaba una nueva vida, en tierra donde no podría hallar nunca el dulce fantasma de Bárbara Reed, convertida en señora Garnett.

La morena del vestido verde, se dejó abrazar, pero fué un legionario el que empujó violentamente a Ambros, llamándole «profiteur de guerre».

Joss Ambros miró a Moran que se había aproximado, y manifestó:

—Traduce, Skelet, para saber si lo tengo que matar o sólo lisiar.

—Dice que eres un emboscado enchufado.

La morena se apartó prudentemente, y el legionario escupió desdeñoso antes de decir en inglés macarrónico:

—Por aquí tuvisteis que estar cuando había jaleo, y no ahora, relamidos dandies.

Acudieron dos legionarios más, cuando Ambros empezó a moverse.

Roy Moran empleó primero los puños, y después las manos abiertas y todo el arte adquirido, para evitar los cuchillazos y botellazos.

Estaba entrechocando la cabeza de dos legionarios, mientras Ambros cabalgando el suyo, bramaba «¡Toma, por profitador!», cuando se oyeron silbatos y una sola voz proclamó:

—¡Policía!

—¡Vamos, Joss! —gritó Moran—. ¡Galopa, hermano!



—¡Vamos, Joss! ¡Galopa, hermano!

Saltaron por encima de mesas y sillas, en busca, de la salida posterior hacia la que señalaban los camareros.

Joss Ambros, tras escalar varios muros, atizar puntapiés a perros guardianes, y lanzar gritos de alegre euforia, aterrizó junto a Moran en un callejón.

Habían perdido los sombreros tan sólo. Y agarrándose al brazo

de Moran, declaró solemnemente Ambros:

—Esto empieza bien. Esto es vivir, Skelet. Me provocó, ¿te diste cuenta?

—Me di cuenta que lo dejaste para la clínica de urgencia.

—Me provocó el muy matón, hombre. Yo soy de natural pacífico, pero… ¿qué pasa, Skelet?

—Escucha, hermano. Sobran morenas, y yo preferiría no pelear, al menos por esta noche.

—Te prometo hacerme el sordo a toda injuria. Total, el francés no acabo de dominarlo. ¿Te he hablado de mi invento para los sordos?

Por fin, en un *cabaret* francés, encontró Ambros una morena sin compañía masculina. Y enlazándola, pasó a la pista, donde se agitó con un frenético entusiasmo acrobático, declarando que si aquel baile no se parecía a ningún otro, era porque se trataba del «jitterburg», o paso del canguro epiléptico.

Roy Moran, a solas en la mesa, contemplaba complacido las contorsiones de su amigo.

Pestañeó, y su cicatriz superciliar aumentó la interrogación sarcástica fija en su rostro, al mirar a la rubia que le tendía una tarjeta.

Tomó la tarjeta metiéndola en el bolsillo superior de su chaqueta, y examinó con mayor sorpresa a la rubia que parecía una colegiala extraviada en un sitio de perdición.

—¿Bailamos, Skelet? —susurró ella, tímidamente.

—Estoy desentrenado. Siéntese, o tendré que levantarme. ¿Cómo se enteró usted de mi nombre?

—Estaba yo en el bar donde su compañero organizó una reyerta. Y me dió usted la impresión de haber tomado la primera papilla entre legionarios camorristas. No he visto a nadie evitar las cuchilladas y golpes traidores con su habilidad, Skelet.

—¿Bailamos? —Fué ahora él quien invitó.

—Me llamo Ivette Lambert —susurró ella, alzando el rostro que le llegaba a mitad, de la corbata gris perla.

—Me gusta mirarla Ivy.

—Gracias, pero debo advertirle que a las once me voy a dormir, ¿sabe? Hay en este local otras muchachas que… se retiran hacia la madrugada, ¿sabe? Yo no pertenezco al local, ¿comprende?

—Comprendido. Bueno, la verdad es que no comprendo ni jota. Y eso que presumo de entender el francés. ¿Qué hace usted aquí sola?

Sonrió ella. Tenía grandes ojazos azules inteligentes, y no parecía cohibida. Sin embargo, pensó Moran, saltaba a la vista que además de preciosa era una señorita decente.

Minutos después decía ella:

—Es usted simpático y correcto, pero… perdóneme me da miedo… Tal vez porque con su aspecto que impone, le adivino amable y bueno… Si me lo permite, voy a irme.

Dando un toque en la mesa, Ambros aconsejó gravemente:

—Sujeta a este bombón, y no lo dejes escapar, Skelet. Es una orden, ¿estamos?

Se fué a la pista, para renovar su paso del canguro epiléptico, y Roy Moran se limitó a ondear la mano despidiendo a la misteriosa Ivette Lambert.

Antes de enlazar a una lánguida tonkinesa europeizada, leyó la tarjeta que le había entregado Ivette.

Prefirió estudiar aquel segundo misterio al día siguiente, cuando estuviera «fresco» y despejado de sienes.

En el anverso de la tarjeta, escrito a pluma con rasgos femeninos, se leía:

> «Hombres como usted, pueden ganar mucho dinero visitándonos».

Impreso en relieve, la tarjeta especificaba:

«HENRIETTE DUFLAC
»Agencia PMen
»Bd. Loti. 66 Hanoi».

CAPÍTULO VI

Joss Ambros se había quedado en el hotel, diagnosticándose a sí mismo, «*shock* nebuloso cerebral y cotas erizadas de espinos en el cuero cabelludo».

A las cuatro de la tarde, Roy Moran se encontraba despejado, y acrecentada su intriga al detenerse ante el número 66 del bulevar Loti.

La casa era de dos plantas, estilo colonial francés, cercada por un pequeño muro florido.

Dos metros de distancia desde la entreabierta puertecilla hasta los peldaños que daban acceso al porche de entrada, en cuya puerta se leía: «Mme. Henriette Duflac».

Pulsó Moran el timbre convencido de que si estaba allí era tan sólo porque le gustaría volver a ver la tímida sonrisa de Ivette Lambert.

Un malayo de blancos cabellos bajo el turbante, exhibió una dentadura negra, de masticador de betel.

Tendió Moran la tarjeta que le había entregado Ivette Lambert, y el malayo, con una reverencia, acabó de abrir del todo la puerta. De su cinto bordado en oro y azul, sobresalía la culata de un revólver y el mango plateado de un kriss curvo.

Señaló hacia una cortina, repitiendo sonriente la reverencia, y Roy Moran entró en el recibidor como si penetrara en una trinchera enemiga.

Escrutó la decoración ultramoderna, los muebles tubulares y las dos puertas cerradas, acercándose al ventanal en rotonda.

Había oído muchas historias sobre la proliferación de toda clase de trampas, emboscadas y misteriosas muertes, en que abundaba Hanoi.

Pero aquel recibidor tenía un gran parecido con cualquier consultorio de dentista caro, o abogado australiano.

Reapareció el malayo, se inclinó, y señaló hacia una puerta al fondo del recibidor, cerca del ventanal.

Roy Moran pasó al despacho. Un despacho masculino, sobrio y neto. La mujer que estaba tras la mesa, había franqueado la frontera de los treinta y cinco.

El cabello negro atirantado en la nuca por dos rodetes, tenía un mechón blanco, que más que envejecerla, hacía resaltar la tersura de su tez.

Llevaba un collar de jade de tres hileras, rodeando su garganta, un blusón camisero blanco, y fumaba en larga boquilla de jade, con la que designó un sillón.

—Buenas tardes,
«m'sieú»
Moran.

Sonreían sólo los anchos y grises ojos. Daba la impresión de una hermosa pantera observando los retozos de un cachorrillo.

—Esta tarjeta me la entregó un rubita preciosa que dijo llamarse Ivette Lambert.

—Es mi secretaria y sobrina. Antes de pasar a estudiar la proposición que voy a hacerle, corríjame si me equivoco. Ayer se licenció usted, no tiene familia de primer grado en Australia, y pidió el permiso de residencia en Tonkín, así como la licencia de uso de armas, siéndole concedidas ambas peticiones. Ha dormido en el hotel «Cuatro Naciones» y no tiene domicilio en Hanoi. Se llama Roy Moran, tiene veintitrés años, y le apoden Skelet.

—Exacto. Ahora, señora, ya sólo me queda saber quién es usted.

Sonrió ella, y la bien dibujada boca, adquirió un contorno tentador. Pensó Moran que en ella se hacía matemático el «quien tuvo, retuvo». Un busto de libre turgencia que Ambros calificaría de suculento, unas manos de pianista, y un rostro atractivo cuando sonreía.

—Al ocupar Hanoi los japoneses, cerré mi agencia que se dedicaba a proveer de servicio indígena y mano de obra a los colonos. También era agencia matrimonial. Pero al quedar liberado Hanoi, calculé que serían muy solicitados los PMen.

—En Sidney funcionaban agencias de esta clase. Proporcionan escoltas, guardaespaldas y suelen ser poco de fiar.

—Yo tengo un crédito moral sólidamente establecido en Hanoi.

Mi marido, que en paz descansa, era inspector de policía. Murió de una vulgar pulmonía. Ahora que ya nos conocemos, le indicaré el motivo por el que recibió usted esta tarjeta. Le encomendé a mi secretaria y sobrina, la búsqueda de hombres de tus características.

—¿Cuáles son mis características?

—La guerra le ha enseñado a despreciar la vida ajena y la propia. Acaba usted de licenciarse, y no tiene pensado aún con claridad, a que va a dedicarse.

—Si su agencia comprende también la lectura en bola de cristal y en las rayas de las manos, dígame: ¿viajaré, hay una mujer rubia buena, y una morena pérfida en mi futuro?

—La dureza que no excluye el buen humor, es doblemente contundente. Así quiero que sean mis PMen. Mi oferta es la siguiente: le proporcionaré un departamento, corriendo el alquiler por mi cuenta, y sus honorarios serán de mil francos diarios, si no tiene servicio, y dos mil diarios, cuando tenga que escoltar a alguien.

—¿Por qué se imagina que aceptaré? Precisamente estoy ansioso por disponer de mí mismo. Me harté de sargentos.

—No soy un sargento, Moran.

—Lástima, porque los japoneses nos habrían echado flores de loto en vez de metralla.

—Gracias. Sigo sensible a los elogios, pero me he impuesto una disciplina. Aunque entrase aquí el mismísimo Tyrone Power yo no vería en él al hombre guapo, sino al posible PMen. Creo que aceptará usted mi proposición, porque le ofrezco la transición curativa.

—No entiendo.

—Pelear como anoche hizo, le puede llevar ante un tribunal. Pelear por cuenta y riesgo de mi agencia, le proporcionará beneficios. Y se irá readaptando, en transición sin brusquedad entre su reciente condición de guerrero y su incierto porvenir.

—Es convincente su elocuencia. Oiga, y su sobrina secretaria, ¿qué tal está hoy?

—Se porta bien, gracias. Pero considérela, un elemento más, de nuestra impersonal asociación. Yo merezco la confianza de personas de categoría, y mi secretaría, además de reclutar y someter a vigilancia al personal, sabe ya que cuántos PMen sean empleados

por mi agencia, no son hombres aptos para futuros esposos. Le supongo inteligente, Moran. No se imaginará usted que las francesas sólo pensamos en «faire
l’amour».

—Fuera de servicio, yo creo que es condición humana pensar en enamorarse. Dijo usted antes que de la guerra habíamos aprendido algo, y citó lo peor: el desprecio a la vida ajena y propia. Pero se olvidó de lo mejor: la guerra nos arraiga un espíritu, el de compañerismo.

—Si se refiere a su compañero Ambros, amplío la oferta, incluyéndole a él. Tan sólo con la condición de que en acto de servicio no beberá en exceso. Firmará un contrato que me excluirá de responsabilidad. Una de las cláusulas me permite exigir indemnización y responsabilidad civil y penal, si un PMen comete cualquier irregularidad.

—De acuerdo, jefa. ¿Dónde está el domicilio de los PMen Ambros y Moran?

—Departamentos Rondpoint, esquina LotiJoffre, segundo piso, puerta segunda. Soy administradora de los cinco pisos. Tome estos dos contratos con sus duplicados para estudio y firma. Éste es mi teléfono. Si aceptan pueden trasladar su equipaje al segundo piso, puerta segunda de los Rondpoint, cuya llave les proporcionará el conserje.

—Creo que Joss Ambros aceptará. Y ahora ataquemos el punto espinoso. Usted nos da en bandeja un empleo bien pagado, poco fatigoso, y que encaja en nuestras facultades, porque nos place andar a la greña, ya que todavía no estamos civilizados. Pero los Velvet también me pagaron el alquiler y me daban buena paga, aunque resultó que los japoneses, que teóricamente estaban en retirada, nos atizaron prácticamente un reguero de chupinazos, y vi caer a muchos compañeros. ¿Dónde está el reguero de chupinazos en su agencia, *madame*?

Se levantó Henriette Duflac.

Detalló Moran el estrecho talle, la carnosa ánfora moldeada en la falda, las esbeltas piernas y la distinguida sencillez de la que se instaló en el brazo del sillón.

—Me agrada su actitud, Skelet. Tengo ya la edad suficiente, que me permite familiaridades que en otra mujer más joven serían

impropias. No dudo que la guerra ha madurado su entendimiento, y teóricamente sé que la guerra es sangrienta. Pero la ferocidad combatiente es viril y casi admirable. Aquí en Hanoi, en todo Tonkín, existe algo más feroz, menos viril y sobre todo más tenebroso, que es la postguerra.

El perfume de *Madame* Duflac debía de ser algún extracto parisino llamado «Sutileza», o «Capcioso», pero Joss habría dicho que aquel perfume equivalía a pescar besugos con dinamita envuelta en celofana.

—Mientras estuvieron por aquí los japoneses, hubo entidades comerciales y personas privadas que sostuvieron relaciones con el enemigo. Los que participaron en actos de colaboración represiva y cobarde, han sido ejecutados o han huido. Pero quedan entidades y personas que se limitaron a proseguir en sus negocios, y han llegado de la metrópoli aventurerillos que pretenden pescar en aguas turbias. Gangsters cobardes, que pretenden explotar el miedo.

Balanceando una pierna, exhaló ella una bocanada de humo, pensativa. También meditó Moran que una mujer bonita oliendo a tabaco, dejaba, de parecerle bonita, aunque llevase ropa «docente», como decía Joss de los vestidos femeninos que, decentemente, enseñaban mucho.

—Anteayer, la familia DuboisGranier fué hallada muerta a balazos en el salón de su chalet. «Represalia de los jóvenes
F. F. I.»,
dicen los periódicos.

—¿Quién hay debajo de estas tres letras?

—Fuerzas Francesas Independientes, pero hay aventureros que emplean el uniforme y emblema de las
F. F. I.,
sin haber participado en la resistencia. Y son precisamente ellos los que imponen un método de chantaje repulsivo. Los DuboisGranier se habían limitado a suministrar víveres de sus almacenes a los japoneses. Prefirieron vender, a ser fusilados o que les incautasen los almacenes. Recibieron hace tres días una postal toscamente dibujada por una cara. Se veía a un oficial japones, cuyas botas eran lustradas por un hombre y una mujer arrodillados, y que llevaban en el cabello un lacito con los colores de la bandera francesa. Al otro lado, la postal tenía escrito en mayúsculas…

Abandonó ella el brazo del sillón para recoger de un casillero una postal, que tendió a Roy Moran.

Éste leyó, tras el grotesco dibujo:

«Olvidaremos vuestra infamia, si entregáis
500 000
francos al portador de otra tarjeta idéntica y que os diga: Olvidaremos vuestra infamia».

—DuboisGranier, el cabeza de familia, hizo caso omiso del chantaje, y me entregó esta postal, porque éramos antiguos conocidos. Prometí investigar. Avisé al Comisario Principal, que me informó le resultaba imposible dar protección a cuantos se sentían justa o injustamente amenazados. Anteayer, los DuboisGranier, dos hombres y tres mujeres, aparecieron muertos a balazos, desprovistos de joyas y saqueada la caja de caudales. Por eso, con la autorización del Comisario y del Residente General, estoy reclutando PMen.

—Voy entendiendo. Gente rica asustada, y gangster que se quieren aprovechar. Pero supongamos que vienen
F. F. I.
de los legítimos, y yo les soplo una rociada de plomo; ¿qué pasará?

—Sólo concederé protección a quienes reciban una postal como ésta, o cualquier otro género de chantaje. Mi secretaria ya ha ido transmitiendo a los que figuran en esta lista, que lo sucedido a los DuboisGranier no se repetirá, si solicitan un PMen.

—Tengo licencia de armas, como Ambros, pero tuvimos que entregar el rifle y demás instrumentos de trabajo, jefa.

—En el contrato especificaremos la clase de arma que tendrá en usufructo mientras pertenezca a la agencia.

—¿Tiene idea de cuántos forman la banda de la postal?

—Ninguna en absoluto, pero supongo que llegado el caso, cualquier PMen sabrá traerme al menos un chantajista asesino con la suficiente vida para ser interrogado.

—No le interesa demasiado vivo, jefa. Si delata a los demás ya no habría trabajo para mí, ni beneficios para usted.

Rió ella, brillantes los ojos:

—Adorable salvaje —susurró felinamente—. Ya comprendo por

qué mi secretaria, lo ha calificado de «simpático bárbaro». De todos modos no se extralimite. Los PMen han de proteger, y repeler agresiones, pero no han de matar, salvo en casos extremos. Existe otra clase de servicio: los viajes al interior se han hecho difíciles para muchos colonos. Necesitan una protección que esté autorizada por el Residente y la policía.

—La nuestra, jefa —dijo Moran, levantándose—. Voy a recoger a Ambros.

—Siempre que abandonen su departamento, telefonearán cada media hora desde donde se hallen. Les puedo necesitar en cualquier instante. Cada día libre de servicio, a las nueve de la mañana, pueden pasar a percibir mil francos. En servicio, percibirán al final de la misión encomendada. Hay apenas doscientos metros desde mi casa a los Rondpoint, en que van a, alojarse.

—¿Cuántos PMen ha pescado ya, *Madame*?

—Dos legionarios licenciados, un sargento retirado colonial, y dos ex Velvet: usted y Ambros.

—¿Vive aquí Ivette?

—Sí.

—¿Está ahora visible?

—No.

—Pura cortesía, ¿sabe? —sonrió Moran.

También sonriente, replicó ella:

—Está muy atareada visitando familias que sospecho puedan ser sometidas a chantaje, y buscando a la vez PMen adecuados. Buenas tardes, adorable salvaje.

Media hora después, Joss Ambros entregaba los dos contratos firmados a la propietaria de la agencia, y recorriendo el cómodo departamento de Rondpoint, opinaba:

—Parece tan confortable nuestro hogar como las líneas de la jefa, Skelet. Pero me parece que *Madame* Riett es bastante parecida a la ducha escocesa. Según el grifo que se abre, echa vapor o toneladas de nieve pulverizada. Debe tener unos treinta y pico, ¿no?

—Plantóse en el pico de los treinta. Escucha, Joss. Trabajaremos en esto hasta ahorrar lo suficiente para comprar un camión y almacén. Seremos transportistas. Pero, mientras, iremos conociendo los intríngulis de la zona y sus pobladores. Oye, Joss… Nada de «jitterburgs» ni llamaradas líquidas mientras seas PMan actuando.

Ni dispendios. Tenemos que reunir el máximo de moneda, y así seremos pronto nuestros propios dueños. ¿Entendido, PMan?

—*Okey, boss*.

CAPÍTULO VII

A las nueve del día siguiente, Roy Moran se ajustaba al hombro izquierdo la funda conteniendo una pistola ametralladora «Magnum», calibre 38.

Provisto de la misma arma, Joss Ambros recogía en el despacho de Henriette Duflac, una hoja mecanografiada.

—Preséntese en esta dirección, Ambros. Le están esperando. Aquí tiene resumido lo principal acerca de las características de los colonos que ha de escoltar en su viaje de inspección al interior. Tengo plena confianza en usted, Ambros.

—A la orden, mi… sargenta. Hasta la vista, Skelet.

Poco después, exponía ella:

—Es más complejo su primer caso, Roy. Se trata de proteger a unas refugiadas filipinas, las hermanas Alcázar. Fueron propietarias de un hotel en Manila, y tuvieron que dar alojamiento a oficiales japoneses. Han elegido Hanoi para huir de las represalias, pero han recibido esta postal.

El dibujo representaba a un grueso japonés, desparramado en un diván. Tres mujeres le atendían. Una le abanicaba, otra le daba biberón y la tercera le hacía la manicura.

—Encontraron esta postal ayer por la noche, deslizada bajo la puerta. He enviado a un operario para que instale un sistema de alarma en ventanas, puertas y muros. Las hermanas Alcázar adquirieron una propiedad en la avenida Boulogne, sita en los exteriores. No se fían del personal tonkinés que les proporcioné, y han despedido al jardinero. Considero sumamente primordial atenernos a la cláusula séptima del contrato.

Roy Moran sacó el duplicado, y leyó en voz alta:

> «Cláusula séptima. Dejará inmediatamente de pertenecer a la agencia, el ProtectorMan que en horas de servicio

entable cualquier flirt o lo consienta».

—Compréndalo, Roy. Es preciso que los clientes tengan la completa convicción de que los escoltas que mi agencia les proporciona, no son títeres falderos.

—Comprendido.

—No he encomendado este servicio a Ambros, porque dos de las Alcázar son bonitas. Y una de ellas, algo coqueta.

—Usted juzga a Joss por una noche de desahogo, tras cientos de noches de retén abrazando a un rifle. Yo le conozco mucho mejor, y le juro que cuando Joss acepta una responsabilidad, no conseguiría apartarle de su misión ni usted misma.

—¿Por qué precisamente yo?

—Por el aquello de que mujer bonita con experiencia, atrae por partida doble. Bueno, como ya estoy de servicio, no le diré nada más. Y no se inquiete por sus filipinas. Supongo que hablarán algo de inglés o de francés, porque si no tendremos que entendernos por gestos, y siempre cabe equivocarse, y luego la cláusula séptima sería aplicada injustamente.

—Confío en usted, Roy. Hablan inglés y francés.

Un taxi condujo a Moran hasta el barrio exterior residencial, de amplias atenidas con chalets espaciados por parques cuadrangulares.

A pie se encaminó Moran hasta, el número 30 de la avenida Boulogne, para «estudiar el terreno». Comprobó que los «flancos» tenían la protección de unos altos muros al igual que la «retaguardia».

La casa de dos plantas era suntuosa, con aleros pizarrosos, galerías cubiertas y columnatas por las que se ensortijaban trepadoras.

La verja permitía ver el césped bien cuidado, la alameda con gravilla, conducente al pórtico central.

Y entre floridos parterres, a un lado había un campo de tenis, y al otro un estanquepiscina.

«Una señora casa», meditó Moran, pulsando el timbre.

Del estanquepiscina emergió una figura bronceada, salvo allá donde las dos rayas de un bikini colocaban su cándido color.

«Cláusula séptima, Skelet», se repitió mentalmente Moran.

Calzando babuchas y ajustado el cinto del albornoz, la morena bañista acudió presurosa, quitándose el pañuelo de nylon que recogía su cabellera.

Las undosas crenchas negras se desparramaron sobre las hombreras del albornoz blanco y salmón.

Procuró Moran concentrar su máxima dureza en las pupilas, mientras ella abría la verja, diciendo en perfecto inglés, algo ceceante:

—Soy Dolly Alcázar, y han telefoneado desde la agencia comunicándome su llegada y dando su descripción física, señor Moran.

«También pudo Riett darme una descripción física de esta filigrana volcánica», pensó Moran, penetrando en la alameda.

Dolly Alcázar manipuló unos instantes en el doble cerrojo antes de ajustar los batientes de la verja, y explicó sonriente:

—La señora Duflac envió un operario que ha colocado un sistema de alarma por si intentan forzar la puerta o saltar este muro. Está terminando de colocar las restantes conexiones en ventanas y puertas.

—¿Cuánto personal de servicio hay en la casa?

Dolly Alcázar se estremeció, y tras una vacilación, dijo:

—Tiene usted una voz escalofriante… Hay como servicio una cocinera y dos doncellas tonkinesas. Sabrá ya que somos tres hermanas…

Avanzando hacia la casa, mentalmente hizo Moran la suma: tres filipinas y exuberantes y tres tonkinesas asustadizas, echaba un total de seis pavitas que armarían un ruido espantoso apenas crujiera la grava al crepúsculo, o una rama balanceada por la brisa emitiese un nocturno crujido.

Bajo la galería, en una mecedora, se hallaba una muchacha de veintiocho años, que poseía los mismos ojazos negrísimos y rasgados de Dolly.

La boca era menos carnosa, y la expresión menos insinuante.

—Mi hermana Maryan. El señor Moran, nuestro guardián y defensor —presentó gravemente Dolly.

—Encantado. ¿Qué es aquello? —preguntó Moran, señalando a un lado de la verja una edificación baja, de techo redondo.

—Alojamiento del jardinero y portero —expuso Maryan Alcázar

—. Por el momento no hemos contratado a ninguno.

Roy Moran se tocó el pecho con el sombrero panamá adquirido para reemplazar al perdido la noche anterior.

—Yo voy a ser el portero y jardinero. Me alojaré allí. Resultará presuntuoso, pero es muy necesario, asegurarles que mientras se encierren dentro de la casa, apenas anochezca, del resto me ocupo yo, y la agencia garantiza sus vidas. Para eso me han enviado. Adviertan a la servidumbre que apenas anochezca no se asomen, ya que en la obscuridad todos los gatos son pardos. No debe salir nadie de la casa.

—¿Es que tendremos que estar recluidas mucho tiempo? —quiso saber Maryan.

«Orgullosa y antipática», meditó Moran, antes de contestar:

—Lo ignoro. Pero me consta que si sale alguna de ustedes, pueden secuestrarla. Y si sale alguna fámula, puede irse de la lengua. Naturalmente, los que enviaron esta postal enviarán a alguien a recoger el dinero. Por ahora, durante el día, no creo que haya peligro. Pero después de la visita del cobrador… convendrá que no se asomen para nada, ni de día ni de noche.

—Supongo que cenará usted con nosotras —insinuó Dolly.

—No. Envíenme provisiones al pabellón, y cualquier trasto que sirva para cocinar.

—Hay teléfono interior entre el pabellón y la casa —aclaró Dolly.

—Mejor así. Una de ustedes podría hacer, por la noche, turno de vigilancia por el interior, y si apreciara algo anormal por las zonas sur, y flancos de la casa, me lo telefonea. Pero de todos modos no creo que existan motivos de alarma, antes de la visita del cobrador.

—¿Qué… qué piensa usted hacer cuando vengan… a recoger el dinero que han pedido?

Abanicándose con el panamá, dijo Moran, muy convencido de su sinceridad:

—No tengo la menor idea. Dependerá. Voy a echar un vistazo al pabellón.

—Acompañaré al señor Moran —dijo Dolly.

—Vuelve inmediatamente, Lolyta —ordenó Maryan.

A medio camino, aclaró Dolly Alcázar:

—Me lleva sólo tres años, pero como Lucrecia está enferma, es

ella la que manda.

—Donde falta sargento, mandan cabos.

—Su voz y su aspecto son escalofriantes…

—Es que estoy disfrazado para asustar a los villanos.

El pabellón se componía de comedorcocina, ésta eléctrica, y alcoba con cuarto de aseo.

De una percha colgaba un delantal de cuero, un pantalón con peto y tirantes, y un sombrero cónico, pajizo, de alas bajas.

En un estante se alineaban herramientas de jardinería.

—Le traeré una radio, y algo para leer. ¿A qué horas le servirán las comidas?

—Me las guisaré yo mismo, si me mandan conservas y complementos.

—Ah, comprendo… —murmuró ella—. Es para evitar que puedan narcotizarle, ¿no? —musitó, mirando en torno.

—Eso es —afirmó Moran, pensando por vez primera en la posibilidad de tal truculencia, que anotó mentalmente para el futuro.

No venía mal fingir una astucia experimentada.

—Debe de ser emocionante su profesión —comentó poco después Dolly Alcázar, colocando en una repisa la radio «RCA Víctor» y un montón de revistas—. La herida sobre la ceja, ¿se la hizo algún criminal?

—Fué afeitándome —sonrió Moran.

Tenía que ser el «PMan, reservado, conciso y eficiente».

Se oyó una voz estridente, desde el jardín:

—¡Lolyta!

Furiosos los negros ojos, se excusó ella:

—Perdóneme. Es Maryan, que está muy asustada.

Se marchó, evidentemente contrariada de que la tratasen como a una niña.

«Una niña bien desarrollada y coqueta», meditó Moran, satisfecho. Le gustaba su nueva profesión.

Revistió el pantalón azul de peto, ajustándose el delantal de cuero con el bolsón, tipo canguro, pero doble.

Las botas de agua tenían holgura a lo ancho, pero venían bien en largura. Cogió unas tijeras de podar, cuando en el otro bolsillo del delantal afianzó la «Magnum».

Había a veces pensado si resultaba fácil alisar un seto, y fué podando el verde en torno a un parterre.

No hubo novedad hasta el mediodía, en que un repartidor descargó varias cestas de una furgoneta. Abrió y cerró Moran, acompañándole hasta el «office».

Dos tonkinesas de cofia y delantal almidonado, le deslizaron ojeadas que no supo si eran perversas o intrigadas.

Barajó las latas de frigorífica, jamón y frutas diversas, preparándose una triple ración en frío que aromatizó con cacao tibio.

A media tarde, estaba olfateando un rosal de raro color, cuando oyó crujir la grava a su lado.

Una silla de ruedas se detuvo, y conoció a la mayor de las Alcázar. Tenía un rostro macilento, joven, pero su cabello era todo blanco.

Ardían en la faz los negros ojos, que parecían desconfiados, casi rencorosos. Habló en inglés:

—He pedido informes de sus antecedentes, joven. Ha sido usted soldado Velvet.

—Sí, señora.

—Señorita Lucrecia, ya que soy soltera. Y fue usted voluntario.

—Sí, «doña».

—Es extraño que *Madame* Duflac le enviase a usted como protector.

—¿Por qué?

—Estamos acusadas de haber colaborado con el invasor japonés.

Roy Moran, con la podadera, señaló el rosal que le desconcertaba.

—Oiga, ¿de qué marca es la coliflor ésa?

—Rosas Pompadour injertadas en Pasión, según puede leerse en la tablilla del esqueje principal que ocupa el centro. ¿Mató usted a muchos japoneses, joven?

—La cláusula número no sé cuántos de mi contrato, especifica que las vidas privadas de los clientes de la agencia, deben merecerme el máximo respeto. Le digo respetuosamente que me aplique también la cláusula, «doña» Lucrecia.

—Excúseme. Mi pregunta fué estúpida y malintencionada. Estoy nerviosa, y desgraciadamente ha agravado mi nervosismo la postal

recibida ayer noche. No tengo nada que reprocharme patrióticamente hablando, ya que teníamos un hotel y tuvimos que seguir sustentándonos. Yo odiaba a los japoneses tanto como usted pudo odiarlos.

—Busque a otro para la comparación, porque el caso es que yo no odiaba a los «japs». Lo que me reventaba eran los rifles, las ametralladoras y demás herramientas con que me acogían. Pero la guerra terminó, y deseo que pronto se ponga usted buena, «doña». Las guerras y sus consecuencias, no deberían importunar a las mujeres.

Se distendió el rostro femenino.

—He preguntado a *Madame* Duflac si no estimaba oportuno enviar a otro colega suyo, señor Moran. Me ha contestado que usted se bastaría. Pero somos seis mujeres solas, que ninguna ayuda podemos aportarle, al contrario.

—Cuando funcione alguna alarma, si no estoy yo funcionando, telefonee a *Madame* Henriette, y a la policía si no contesta ella. De todos modos, si lo desea y ha de tranquilizarla, contrate a otro PMan. Lo importante es que no pase usted angustia.

Tras una pausa silenciosa, murmuró ella:

—Usted es un hombre bueno… pese a su aspecto, señor Moran. Ahora que le he oído, estoy tranquilizada. ¿Le gusta la floricultura?

—Cuando me aburre, cualquier cultura me entretiene. Yo empujaré su silla, y usted me ilustrará, ¿quiere, «doña»?

Una hora después, ante la entrada posterior de la casa, inquirió Lucrecia Alcázar:

—Si entregase el dinero que nos piden, ¿no sería mejor, Roy?

—No sea «Lila Heliotropus», muchacha. Estos de la postal son bandidos repulsivos que volverían a la carga, hasta dejarla arruinada. Créame. El mejor sistema es eliminarlos. Buenas tardes, y duerma tranquila. Mañana echaremos otro parrafito, si no hay novedad.

Eran las seis y media de la tarde cuando en la verja se apoyó un individuo después de pulsar con insistencia el timbre.

Alto y de enérgicas facciones, vestía medio militarmente, calzón de montar botas negras, camisa de mallas, y cazadora de tela ligera. Se cubría los castaños cabellos con una negra boina ladeada.

Llevaba un brazal blanco con tres letras en rojo:

«F. T. P.»,
y al cinto una «Wesson Smith», calibre 42, según identificó Moran acercándose.

—Hola, buen hombre —dijo el visitante, mostrando un carnet abierto—. Abra inmediatamente.

Roy Moran abrió, cerrando con el pie, apenas hubo entrado el que sin volverse inquirió:

—¿Quién es usted?

—El jardinero y portero.

—Tiene usted acento inglés. Tengo que dar una orden a los dueños de esta casa.

—Los dueños son tres hermanas. Si no es indiscreto, ¿qué significan estas letras? A mí sólo me han hablado de las
F. F. I.

—«Franc Tireur Partisan». Usted no es francés.

—No.

Hundidas las manos en el doble bolsillo del delantal de cuero, Moran caminaba a un lado del que avanzaba hacia los nórticos de acceso.

—Seguramente no sabrá que la dueña de esta casa fué «colabó» allá en Manila.

—Ni idea, ya que no estuve nunca en Manila.

En la galería aparecieron las hermanas Alcázar. Maryan y Dolly, a cada lado del cochecillo de ruedas, plasmaban el terror íntimo.

El
«F. T. P.»
tocó con dos dedos su boina, y dijo autoritario:

—Una de las tres ha de acompañarme al cuartel de las Fuerzas Francesas Degaullistas. Para cumplir con un puro formulismo. Les conviene venir sin argüir, porque así obtendrán el permiso de residir en Tonkín, sin ser nuevamente importunadas.

Lucrecia Alcázar miraba con intensidad interrogante a Moran, que comentó:

—Hay que respetar a las autoridades y sus portavoces. Telefonee al cuartel de las
F. B. I.,
Maryan, preguntando si han enviado a un militante. También por puro formulismo, ¿comprende,

«F. T. P.»?

Se encorvó algo el ancho busto del visitante, y cometió el instintivo error anatómico de echar atrás su pierna izquierda.

A su derecha, Roy Moran sacó la diestra del delantal, y se enderezó el otro.

Sentía contra, su costado una presión acerada. No podía ver que era una podadera.

—Telefonee, Maryan. Y usted,
«F. T. P.»,
me perdonará si luego resulta que es de veras un valiente partisano, pero de momento yo soy el portero de la casa.

Maryan corrió al interior, y Moran empleó el recurso número 18 de los Velvet:

«Apartar el arma, y mirar a otro sitio».

No falló. Era el mejor modo de adivinar las intenciones ajenas.

El supuesto partisano tenía una agilidad prodigiosa. Saltó hacia atrás, mientras gritaban las dos mujeres.

Roy Moran levantó una pierna, adelantó un brazo y se ladeó…

El visitante encajó a medias el puntapié elevador, no resistió el manotazo que lo empujaba la nariz hacia arriba, y se sumió en las más negras tinieblas al recibir tras la oreja el impacto de las podaderas.

CAPÍTULO VIII

—Pasemos al interior, doña Lucrecia —comentó Moran.

Había sacado de la funda la pistola «Wesson Smith», que el visitante sólo pudo palpar de culata. La tendió a Lucrecia Alcázar.

—Estará más tranquila con esta compañera, si recuerda que se coge por la parte más ancha y se apunta por el tubo. Vamos,
«F. T. P.»
de pacotilla.

El visitante quedó colgante de un hombro de Moran, que empleó un sistema que hizo cerrar los ojos a las filipinas.

Agarrar por cabellos y cinto.

Soltó los cabellos al descargar al desvanecido en un sofá. Se sentó en un sillón, enfrente.

Maryan, reapareciendo, declaró trémula:

—No saben nada de ningún enviado, y han dicho que salvo con orden escrita y confirmada telefónicamente, no atendamos ninguna visita.

«Soy un tío con suerte», pensó, aliviado, Moran, que dijo con aplomo de PMan veterano:

—Era evidente que este muchacho mentía más que hablaba convencido de que su brazal atontaba. Pero se ha caído con todo el equipo, porque debidamente certificado lo remitiremos adonde corresponda y a «quien de derecho compita» en el momento adecuado. Ruego ahora a las presentes y ausentes, que son las tres que están escuchando tras aquella puerta, que se ausenten. El muchacho demuestra síntomas de volver en sí. Ustedes acechen, por si acaso, la verja y muros.

—Está sangrando —observó Maryan, señalando la oreja del que, sobre el diván, empezaba a removerse.

—Luego le pasan gasolina a la tela. Prefiero que no asistan al interrogatorio que, por pura fórmula, voy a administrarle.

Telefoneen a la agencia, preguntando si guardo a éste, o lo envío a cualquier otro sitio.

Alargando el brazo, fué cacheando hasta cerciorarse de que no poseía ninguna arma más. Examinó la postal y el carnet.

La postal era idéntica a la ya recibida. La foto del carnet era borrosa, y declaraba como identidad: Marcel Lafleur.

—Mira qué bien —opiné en voz alta Moran—. Lafleur y el jardinero tenían que tropezar lógicamente. Hola, pimpollo de «Nardus hindú». No preguntes dónde estás, sino dónde vas a ir a parar, si te pones bruto.

Mostró Moran la postal:

—¿Te parece genial asustar a damas?

El fracasado chantajista, estrujando su boina, la colocó sobre la parte magullada y sangrante. Sus ojos rezumaban furor contenido.

—El hueso aguantó bien, Lafleur o como te llames. No apoyes así los tacones. Luego saltarás y te dolerá la otra oreja.

Empleaba el contuso las dos manos como apretado vendaje sobre la boina taponando la herida. Dijo entrecortadamente:

—Irás al paredón por golpear a un defensor le la libertad de Francia.

—Menos cuento, que aquí estamos en Tonkín, hombre. Vamos, dime: ¿con quién formas pelotón? Tú no serás el sargento, sino un simple enlace. Te conviene más charlar conmigo que ir a aterrizar a una comisaría, donde te harán responsable de uso indebido de uniforme, asalto a mano armada, allanamiento de morada, desprestigiar a los
F. T. P.,
y todas estas cosas. Hay una ley marcial por Hanoi, y entre nosotros, te digo que si me revelas quiénes forman la banda, saldrás beneficiado porque te dejaré escapar… ¿Qué sucede?

Maryan se aproximó, tendiendo el teléfono supletorio, y evitando mirar al herido.

Se retiró presurosa.

Roy Moran encajó el auricular entre la oreja, y su hombro levantado.

Era la voz decidida de Henriette Duflac.

—¿Es usted, Roy?

—Yo mismo.

—¿Está en condiciones de hablar su prisionero?

—Poder hablar, puede, lo que no sé es si querrá… Ahora mismo está apoyando las manos junto a sus muslos, y me quiere obsequiar con el salto del orangután hambriento. Ya no quiere… Me parece que es un tipo que ha jugado bastante a la guerra: es alto, recio, unos treinta años, castaño de cabellos, y no da mucho asco mirarle, pero tiene cara de crápula. Llevaba la postal bis, y un carnet a nombre de Marcel Lafleur…

Abandonó Moran el teléfono y el sillón.

Era listo y fuerte aquel muchacho, pensó, rodando por la alfombra.

Se había inclinado repentinamente, atrayendo hacia sí la alfombra en cuyo final se apoyaba el ligero sillón.

Lo primero a que dedicó Morgan toda su atención fué la mesita empleada como maza por el ágil atacante.

Dobló las rodillas hacia arriba, empujó el antebrazo y encajó la abierta zurda bajo el mentón del intruso.

Las rodillas sirvieron de punto de apoyo al estómago del que martilleó el suelo, a escasa distancia de la cabeza de Moran.

La mesita no resistió el golpe.

Para volver a dominar la situación, tuvo Moran que esquivar un puntapié, y soltar de pronto el empuje bajo el mentón rasposo.

Necesitaba un afeitado aquel energúmeno, pensó, mientras iba alzando rítmicamente rodillas y puños, al irse incorporando.

El otro fué retrocediendo y saludando. Saludaba gimiendo, y retrocedía imprecando, manoteando inútilmente.

Se ahogaron gemidos e imprecaciones, cuando Moran empleó el golpe de matasellos.

La cabeza del visitante emitió un ruido desagradable, al quedar comprimida entre el puño derecho de Moran levantándose, bajo su mentón, y el zurdo bajando sobre su cráneo.

Resollando, opinó Moran:

—No falla. Este tipo no aprendió a pelear en una academia, sino en lugares «X,
Y y Z»,
a horas intempestivas.

Lo arrastró asido de la cazadora, y soltó el cuello para recoger el teléfono. Tenía al alcance de los pies manos y cabeza del yacente.

Sopló en el teléfono, y Henriette Duflac inquirió agudamente:

—¿Es usted, Roy?

—El corte de conferencia se debió a que el visitante quiso hacerme daño. No quiere hablar, y creo que tiene para horas de mantenerse en silencio.

—Cúrelo, y bien atado, guárdelo prisionero, Roy, asegurándose de que no escapará. Los otros, cuando vean que no regresa…

—Llámeme después, jefa. ¿No oye? Son los timbres de alarma.

Ahorquilló Moran, y vió a Lucrecia que, empujada por Dolly, dirigía la «Wesson Smith» contra el yacente.

—Atenle fuerte, cúrenle, y ventana que toquen, ventana a la que echa usted plomo.

Abandonó Moran el salón, cerrando las luces del vestíbulo y galería a medida que se dirigía hacia la puerta. La abrió lo suficiente para pasar agazapado, y tras él, cerró desde dentro Maryan Alcázar.

Fué reptando basta el extremo de la galería, y al sentarse entre dos columnas, hurgó en el delantal, sacando la «Magnum» ametralladora.

En el obscuro jardín, la alameda blanqueaba, y no había sombra alguna moviéndose.

Pero la alarma había sonado, y la verja cerrada hacía suponer que alguien había tocado el alambre tendido sobre el muro delantero.

Un rosal «Pitiminí» injertado en «Sang de Gitan» onduló suavemente a unos veinte pasos, al lado del campo de tenis.

No cabía duda que los de aquella pandilla habían practicado en la guerra. Se arrastraban con la maestría de veteranos Velvet.

Eran sólo dos, distando entre sí unos diez pasos. Uno llevaba el corto ametrallador «Hotchkiss» de culatafunda.

Un arma que había visto Moran en manos de los cabos legionarios.

Tomó su punto de mira un metro más allá de las suelas. Era un estampido que impulsaba instintivamente hacia delante.

El tiro ante el casco hacía retroceder. Enseñanzas elementales…

Apretó el gatillo dos veces consecutivas, y confundiéndose con el eco de sus dos disparos, restallaron cinco…

Unos talentos aquellos muchachos. El del ametrallador baleaba,

tendido tras unas piedras de parterre. En la próxima casa que tuviera que proteger, Moran arrancaría todo adorno pétreo en los parterres.

El otro corría en un zigzag perfecto, y de acuerdo a los cánones más exigentes de un sargento instructor…

Carrerilla, salto y zambullida. Carrerilla, salto y zambullida…

Lo iban a cazar de flanco, era infalible, si no acertaba a dar en carne al tercer salto del que se disponía a parapetarse al otro lado de la balaustrada de mármoles de la galería.

Disparó, y al tercer asalto, no sucedió una zambullida, sino un grito…

Pero Moran tuvo que acurrucarse, porque el ametrallador debía de ser un «primera especial» de tiro.

Acababa de desconchar las dos bases marmóreas tras las que se encogía Moran.

Ni rastro del herido, que de pronto dió señales de supervivencia.

Una señal bestial, que pudo Moran interpretar a tiempo, por el silbido.

La granada diminuta, legionaria, fué a estallar en el sitio donde segundos antes se acurrucaba Moran, que en doble salto hacia atrás, taladró a la vez, la masa humeante de la explosión.

El reguero de balazos se detuvo al irse encogiendo el lanzador de la granada, alcanzado en «cinto» y «bola craneana».

El del «Hotchkiss», pasada la ráfaga explosiva, se irguió…

Volvió a encorvarse, súbitamente, al oír por su flanco derecho una voz ronquísima, conminando:

—Toca el cielo con las manos, y no irás todavía al infierno…

No podía ser un arbusto de gardenias el que así hablaba, pero alzó lentamente la diestra.

Llevaba el «Hotchkiss» en la zurda, y «caracoleó»…

Tumbándose sobre su costado derecho, giró sobre sí mismo, rociando de plomo el arbusto de gardenias con una sola mano…

Se desfloraron en lenta lluvia los blancos pétalos, entre crujido de ramitas chamuscadas, mientras Moran disparaba a dos pasos al «éste» de las gardenias.

El «Hotchkiss» abandonó la zurda del tirador, que se inmovilizó.

CAPÍTULO IX

El oficial legionario de Información y Policía, identificó a los dos cadáveres y al conmocionado prisionero. Se trataba de tres desertores de la Legión Extranjera: Bibi Bastille, Otto Strauss y Giani Palermo. Los dos muertos eran el alemán y el italiano.

Formaban parte de una escuadra que había desertado semanas antes. Seguía buscándose al cabo Willy Smith, y a los exlegionarios Julot Panam y Totor Clichy.

La prensa de Hanoi hizo una propaganda gratuita a la agencia PMen, destacando la eficacia de sus componentes, exhéroes, que ponían su contundencia y valentía al servicio de la Ley.

Henriette Duflac, al atardecer del día siguiente, atendió al teléfono, pensando que la demanda resultaba ya superior a las «existencias».

Pero la voz que oyó, tenía el deje zumbón del argot parisino, y dijo:

—*On te fera la peau, ma vieille, et celle de tes PourrisMoutons*[3].

Envió ella a dos nuevos PMen que, relevando a Roy Moran, seguirían protegiendo la casa de las Alcázar, en evitación de las represalias, mientras no fueran apresados el cabo Smith y los otros dos desertores.

Con calculada frialdad, manifestó ella al presentarse Moran:

—Supongo que estará esperando mi enhorabuena.

—Tuve un sargento, o sea que ya sé de qué va la cosa. Aún le recuerdo cuando después de sofocar un nido, arrasar una cresta o tomar al galope una cota, nos reunía para pasar lista al grito de: «¡Aquí, banda de marmotas!». Ésta era su enhorabuena.

—Me han remitido este sobre para usted.

Rasgó Moran el sobre, y extrajo una hojilla de papel azul, en la que, sujeta con un clip, había otra hojilla alargada: un cheque de cincuenta mil francos.

La carta, firmada por Lucrecia Alcázar, decía tan sólo:

> «Con toda la gratitud de la que lamenta estar imposibilitada, y no poder aprender en su compañía ese famoso baile del canguro epiléptico.
>
> »Sea siempre tal como es, rudamente sincero y bueno, su “doña” y «muchacha»,
>
> »*Lucrecia Alcázar*».

—Ésta sí que es una enhorabuena sana, jefa. Tome nota.

—Tome usted nota, Skelet. ¿Oyó hablar de la Kempei Tai?

—Me suena, pero ya no recuerdo si era una división de tanques japoneses o la favorita del almirante Marakamoto.

—No estoy en humor de apreciar sus ironías, Skelet. He recibido por teléfono una amenaza del resto de la banda de la postal, y yo no sofoqué nidos ni arrasé crestas al galope. La Kempei Tai era el equivalente japonés de la Gestapo. Y el viejo Geo Marsenac mantuvo relaciones con la Kempei Tai. Se escondió apenas emprendió el ejército japonés la retirada, y no sabía nadie dónde se ocultaba. Es un viejo avariento, antipático, y poco digno de estima. Pero…

Henriette Duflac emitió un suspiro resignado, antes de añadir:

—Me telefoneó para que le concediera la protección de un hombre como usted, que ha sabido repeler el ataque de tres legionarios. Lo ha leído en la prensa. Y no rechistó cuando le cité los honorarios. También ha recibido una postal, y le han amenazado con hacerle probar toda suerte de torturas si pide protección. Ha sabido esconderse bien el viejo bandido. Es un ser despreciable, pero no puedo mezclar el sentimentalismo con los negocies. Alquile un taxi por cuenta de la agencia, y abandónelo en la milla tercera de la carretera de Ponhyang. Tome toda clase de precauciones porque es más que posible que Smith, Panam y Clichy estén vigilando los alrededores del lazareto.

—¿Del… qué? —inquirió Moran.

—Fué un palacete empleado como leprosería. Está en una colina, aislada, y cuando el avance aliado, quedó abandonado. Allí se esconde el viejo Marsenac, que era y es el propietario del terreno y del palacete. Es muy desconfiado, y deberá usted dar la

contraseña convenida a su mayordomo Jacques. Encender por tres veces esta linterna al llegar junto a la verja de entrada, y luego, cuando acuda Jacques, dirá usted: «Después de la tormenta, renace la calma».

—Si este viejo truculento estuvo de acuerdo con los verdugos, no le vendría mal el que le diera protección a latigazos el cabo Willy Smith.

—Tenemos que ser impermeables a toda personal inclinación, Roy. En fin, le daré cuatro mil francos diarios, mientras proteja al viejo Geo Marsenac.

En el taxi, Roy Moran se daba cuenta ya de que la fama de frivolidad de las francesas podía ser discutible. Pero era indudable que anteponían a los sentimientos, el lucro; al menos *Madame* Riett.

La colina del lazareto se recortaba en frondosa arboleda, por entre la que blanqueaban los muros del palacete, cuya nave central y las dos alas recordaban un sanatorio.

Una de las naves laterales estaba medio derruida, presentando aún las huellas del bombardeo a que había sido sometida, al resistir en ella una sección japonesa.

Roy Moran avanzó por el sendero ascendente, pensando que le hacía falta encargarse un traje gris plomo. Su dril blanco debía de ser demasiado visible entre el verdor circundante.

Tenía la impresión de estar de nuevo vistiendo el uniforme Velvet, y avanzando en «solitario escucha», hasta «detectar» al enemigo.

Llevaba la «Magnum» empuñada, apuntando hacia el suelo, y en la zurda la linterna. Otra arma, que en caso de necesidad, servía para deslumbrar al adversario.

Pero llegó sin contratiempos frente a la monumental verja. La hierba crecía libre, la tapia tenía boquetes a trechos, y aquel paraje daba una sensación de completo abandono.

Encendió por tres veces su linterna, proyectándola de perfil contra el fondo de su sombrero, que sostenía a la par que la pistola.

Y volvió a parapetarse contra el bloque de engarce de la verja. Oyó unos pasos cautelosos que iban aproximándose, y se detuvieron al otro lado del bloque.

Una voz masculina preguntó:

—¿Quién anda ahí?

—«Después de la tormenta, renace la calma».

—Buenas noches, señor Moran. Mi amo le está esperando. Soy Jacques, el mayordomo.

La verja era un símbolo de entrada, porque estaba retorcida en sus planchas inferiores, y no encajaban los dos batientes.

Jacques, el mayordomo, iba en mangas de camisa, llevaba pantalón obscuro y calzaba sandalias. Era bajo de estatura, y flaco.

—Sírvame de guía, Jacques —indicó Moran.

Cada vez le gustaba menos aquel servicio. Proteger a un viejo avaro y ayudante de verdugos, no era para enorgullecerse. Casi comprendía a Smith y comparsas de la postal, en aquel caso.

Jacques, precediéndole, dijo en voz baja:

—Mi amo le gratificará debidamente. Está muy contrariado, y no acaba de comprender cómo pudieron descubrir su refugio.

—Si es el propietario de todo esto, debieron imaginar los desertores que vendría a agazaparse por aquí. De todos modos, hay sitio sobrado para esconderse. Sobran habitaciones para galopar…

—Mi amo reside en lo que fué almacén de provisiones.

—Estará desinfectado, supongo, este caserón…

Jacques asintió solemnemente, replicando cuando llegaban a la galería central:

—Mi amo se gastó unos miles en hacerme comprar el aparato fumigador. Por aquí, señor Moran…

El enorme vestíbulo conservaba huellas de una escaramuza. Había desconchados en el yeso, mordeduras de metralla en los artesonados y la escalera que conducía en curvatura a los pisos superiores, tenía la rampa ennegrecida.

Por iluminación, había tan sólo dos bombillas desnudas colgando de cables provisionalmente tendidos.

—Es difícil prevenir aquí dentro una emboscada, Jacques. Nos atraparían como ratas. Sugeriré al viejo, que estará más seguro en el exterior. ¿No hay algún pabellón?

Abría Jacques una puerta lateral, anunciando:

—El señor Moran, señor.

Al entrar, funcionó el reflejo instintivo, pero una fracción de segundo retardado.

Recordó su «novatada» en el campamento, mientras se desplomaba. Dos manos le habían apresado por los codos, y un

objetivo redondo, macizo, golpeó científicamente en su sien.

CAPÍTULO X

Y conoció al viejo Marsenac. Plasmaba su rostro afilado, la codicia, la malignidad y los huidizos ojillos bajo las grises y espesas cejas, revelaban odio.

La estancia tenía estanterías en tres de sus paredes. Una mesa central y varias sillas. El viejo Marsenac, en confortable batín acolchado, usado en codos y mangas, lleno de caspa en el cuello, pinchaba con un cuchillo trocitos de queso y jamón, de un gran plato.

A cada lado de la mesa, había otros dos desconocidos, mucho más jóvenes. Iban también como Jacques en mangas de camisa, y bebían en silencio a gollete de un frasco, con etiqueta de cepa añeja bordelesa. Al cinto llevaban una funda abierta, sobresaliendo la culata de una «F. N.» automática, y el cargador doble.

Roy Moran sacudió la cabeza para acabar de despejarse. Vió su «Magnum» sobre la mesa, entre el plato del que pinchaba Marsenac, y los frascos. Estaba sentado en el suelo, espaldas contra la pared, y sólo le habían atado las piernas.

Pero con una destreza digna de mejor causa. Un alambre envolvía sus tobillos y tensándose, le sujetaba las rodillas en alto, casi rozando su estómago.

El viejo Marsenac se enjuagó la dentadura postiza con un sorbo de vino, y limpió el cuchillo pasándolo por el borde de la mesa.

Su voz era cascada, asmática, pero en tono agudo, tembloroso:

—Cuanto antes mejor, Willy.

De los dos sentados, el rubio de ojos azules, rezongó:

—No tenga usted tanta prisa, carcamal. Usted se inventó este negocio, jurando que no podía fallar. Y han exhalado el último suspiro, dándose el duelo por despedido, Otto y Giani.

—Pero ya conoces a Bibi. No hablará —replicó el rechoncho moreno.

—No hablará porque está conmocionado, según dice el periódico de la tarde. Pero hemos perdido este refugio, por culpa de ese polizonte.

Willy Smith apuntó repentinamente a Moran con su «F. N.». La había extraído con una rapidez asombrosa.

Geo Marsenac exhortó, conciliador:

—Vamos, hijitos, no os acaloréis. Hay que ahorrar municiones, Willy. Enfunda, Totor. Aunque esté vigilando Julot, pudiera ser que este individuo tuviera a otro acechando por la colina.

Roy Moran se mantuvo quieto. Era inútil intentar moverse. Se caería de costado Lo habían atado con inteligencia. No podía ponerse en pie, ni podría quitarse el alambre salvo disponer de cortahierros. Los remates en tobillos y bajo las rodillas, estaban apretados con alicates.

Totor Clichy continuó con la pistola en la diestra, mientras miraba el reloj pulsera.

—Son ya las nueve y media carcamal. ¿A qué esperamos?

Y Willy Smith señaló con su «F. N.» el teléfono en la tablilla pupitre entre dos estanterías.

Se levantó Geo Marsenac. Parecía un lagarto con su gorro gris y el batín del mismo color, deslizándose sobre las pantuflas hacia el teléfono.

—Si vine alguien guardándole la retaguardia a este polizonte, el mejor medio de saberlo es llamándolo —dijo Clichy, insinuante.

Y quitó el seguro de su automática. Pero fué Smith el que disparó en ráfaga de tres balazos.

Lívido, Roy Moran permaneció erecto, inmóvil…

Además del aire desplazado, le había azotado el rostro la salpicadura de yeso y cemento.

Tiraba bien Willy Smith. Formando un ángulo recto. El primer balazo sobre la cabeza. Los otros dos a cada lado de los bíceps.

Retumbaron en la estancia en eco prolongado los tres disparos y al disiparse el humo, se oyó la quejumbrosa entonación de Marsenac:

—Estás perdiendo el control de tu flema británica, Willy. Y has desperdiciado tres balas, que luego pueden hacerte falta. Si al menos, en vez de divertirte, hubieses tirado a matar…

Descolgó el teléfono.

Roy Moran fué ecuánime. Comprendía muy bien que Willy se «divirtiera» ya que les había estropeado el negocio con las Alcázar.

Pero sentía asco y odio hacia el viejo que ahora al teléfono, decía:

—¿Agencia Duflac? Geo Marsenac al habla… La felicito, Henriette… Su enviado ha conseguido aprisionar a los tres desertores, pero está malherido y convendría enviar pronto un coche con algún PMan y trasladarlo a una clínica. El pobre muchacho preguntaba por usted constantemente. Voy a cuidarlo.

Colgó Marsenac, y volviéndose a sentar, recomendó:

—Ahora es preciso tener mucho cuidado, hijitos. Es posible que venga ella con escolta, para después obtener propaganda.

—«*Madame* Duflac consigue en dos días terminar con el gang de la postal» —gangueó Totor Clichy, imitando a un locutor. El micrófono era la culata de su pistola—. ¿A qué esperamos para liquidar a éste?

—Vete con Julot. Y recordadlo. No estropeéis el coche. Lo necesitamos para trasladarnos con el carcamal a otro sitio más seguro.

Salió Clichy, mientras poniéndose en pie, añadía Smith:

—Se lo dejo, carcamal. Usted disfrutará empleando el cuchillo. Pero vigile, porque este polizonte se las sabe todas.

Geo Marsenac recogió de encima de la mesa la «Magnum». Se la arrebató Smith, diciendo:

—Son armas para hombres, no para reptiles como usted, papaíto. Adiós, Moran.

En el enorme vestíbulo se oyó decrecer el eco de los pasos del cabo desertor.

—Eres un asqueroso idiota, además de un carcamal —increpó incisivamente, Moran—. Está claro que les diste refugio a estos desesperados y fuiste tú el ingenioso creador del gang de la postal. Pero tan pronto no te necesiten, te dejarán convertido en mojama reseca, llevándose tu dinero. Te aplicarán fuego a las plantas de los pies, te arrancarán las uñas para hacerte cantar dónde escondes tu dinero. Quítame estos alambres y te juro que a cambio de mi piel, te escoltaré hasta el sitio que elijas. Yo sólo tengo una palabra… y una piel.

Geo Marsenac emitió una risita desagradable, yendo hacia una

estantería en que había rollos de alambre y herramientas. Cogió un alicates…

Volviéndose, especificó:

—Me has dado una idea. Uña por uña, diente por diente…

Roy Moran trató de plasmar en su rostro una expresión de miedo y súplica. Si aquel vejestorio repulsivo pretendía acercarle el alicates a cualquier uña, iba listo…

Pero Marsenac demostró que no era un incauto, ya que también recogió un largo junco negro. Lo hizo cimbrear, diciendo:

—Aprendí a inutilizar a jovencitos presumidos. No te puedes imaginar con qué sencillez este bambú rompe los huesos. Es fácil de manejar, y no pesa.

El junco negro, largo de unos dos metros, tenía en su extremo final unos treinta centímetros de color plata…

Láminas de acero, apretadamente ceñidas por vueltas de finísimo cable.

—Es curioso observar que golpeando en la unión de cuello y hombros, los brazos más resistentes se quedan convertidos en lacios pingajos.

Iba aproximándose, y alzó de pronto el largo junco. Roy Moran calculó que podría evitar el primer bastonazo, tumbándose a un lado.

Miró con repentino estupor al lúgubre viejo, que en alto el junco cuyo final rozaba el techo, abría en boqueo ansioso la boca.

Y el junco caía al suelo, mientras Marsenac, inclinándose, se arañaba la garganta con las dos manos, pugnando por arrancar de ella, el cuchillo que la atravesaba.

El lanzador del cuchillo era un cabo legionario, que asió por las solapas a Marsenac, impidiéndole caer. Arrancó su cuchillo, y acompañó hasta el suelo el desplome del jefe del gang.

Era expeditivo aquel muchacho, pensó Moran, risueño. Había recogido el alicates y arrodillado, estaba manipulando en los retorcidos alambres, ojeando constantemente la abierta puerta.

Tenía a su lado el ametrallador «Hotchkiss», y dijo en voz baja:

—Antes de capturar a Smith, Totor y Julot, me ha enviado el sargento a explorar. Ya se imaginaba que estaría usted en mala postura, pero no que estuviera vivo. Smith está al acecho desde una brecha del muro, y Totor monta la guardia en otra. Julot tiene la

bolsa de granadas. Desde ayer noche, tenemos orden de no perderle de vista a usted. Con sus prismáticos le vio el sargento entrar y reconoció a Julot. Hemos tardado, porque hay orden de capturar vivos a los tres, para fusilarlos decentemente, dice el sargento. Usted es testigo que tuve que «pellizcarle la nuez» a este viejo, porque estaba en actitud amenazadora, y además porque era preciso silenciarlo.

Dándose masaje a las piernas, se puso en pie Moran. El cabo legionario, recogiendo su ametrallador, notificó:

—Voy por Julot. Usted será mejor que se esté aquí dentro, porque es cosa sabida que Smith, Totor y Julot no se dejarán atrapar vivos.

Abandonó la estancia corriendo ágilmente, mientras Moran recogía el largo junco.

Retumbaron en el vestíbulo varios disparos ahogados por la explosión de una granada rompedora.

Irrumpió Moran, cimbreando en alto el junco.

Vió al cabo legionario salir despedido hacia atrás por la onda expansiva, y al otro lado de la humareda, «Jacques» Julot Panam, colgante ante el pecho la bolsa, introducía de nuevo la mano para coger otra granada.

Sintió Moran la mordedura de un trozo de metal en el muslo, pero no le impidió terminar su triple salto y abatir con fuerza el junco sobre el hombro derecho de Panam.

Unos silbatos y acudían corriendo Willy Smith y Totor Clichy, seguidos a corta distancia por algunos legionarios.

De vez en cuando se volvían disparando contra sus perseguidores, que sin emplear sus armas, se tumbaban parapetándose tras cualquier protección.

Y llegaban los dos desertores a la galería, cuando Moran, soltando el junco, se tendió cuan largo era, en zambullida salvadora.

Por encima suyo pasaba en ráfaga, la granizada de balas que iba disparando el cabo legionario, ensangrentado y andando de rodillas.

El martilleo constante de su «Hotchkiss» había ya volado el cráneo de Julot Panam y ahora iban doblándose, acribillados, Smith y Clichy.

El cabo legionario, abrazando su ametrallador, quedó

arrodillado, porque la culata estaba apoyada en el suelo. Y sollozando, repetía incansablemente:

—¡No quiero que los fusilen, no quiero que los fusilen!

CAPÍTULO XI

El camión Delahaye llevaba sobre su toldo y caja, pintado en grandes letras de minio:

«SKEL & BROS»

Al volante, Joss Ambros iba cantando una de las coplillas oídas a los legionarios en sus caminatas por la jungla tonkinesa:

«En attendant
qu'on
m'enterre,
aujourd'huí
je veux etre gai,
chantait le brave homme de Nanterre,
en pensant a sa muker.
Elle
n'est
pas belle, au contraire,
il me semble que
j'en
ai assez.
J'vais
la
foutr'dans
la riviere,
et puis boire a sa santé».

Dándole al fuelle del acordeón, acompañó Moran el refrán:

«Il pleut, ça mouille
Et pas de vin!

Quel temps divin
pour la grenouille!».

Madame Henriette Duflac se había casado con el exsargento colonial, trasladándose a París con su sobrina Ivette.

La agencia «PMen» la cedió en traspaso, así como la casa del bulevar Loti, a Moran y Ambros, que se comprometieron ante notario a ir pagando trimestralmente una cantidad.

Seis «PMen» seleccionados constituían el personal de la agencia cuya administración estaba a cargo del cabo legionario licenciado Roc Ruiz, el que cinco meses antes había salvado la vida de Moran.

La metralla de la granada lanzada por Panam, le había dejado una cojera a Roc Ruiz, inutilizándole para continuar en la Legión. Y estaba muy satisfecho de su empleo de «gerente».

Por fin Moran y Ambros eran sus propios dueños, dedicándose al transporte de toda clase de mercancías desde el interior remoto, hasta el puerto de Hanoi.

Y efectuaban un viaje que ninguna agencia aceptaba, salvo cobrar un flete extraordinario. Recorrer los cuarenta kilómetros que bordeaban los cañaverales y pantanos del «territorio independiente» Burma. La primera vez que efectuaron aquel viaje, les detuvo en un cruce de carreteras, una patrulla legionaria. El oficial que la mandaba vino a acodarse a la ventanilla. Conducía Moran.

—Buenos días. ¿Llevan el permiso de circular por aquí?

Lo mostró Moran. Firmado por el propio Residente General.

El oficial legionario sonrió de pronto:

—Usted es Skelet. Buen viaje, amigos. Pero tengan en cuenta que de cada diez transeúntes que rozan la tierra Burma, nueve se arrepienten cuando ya no hay remedio.

Se pasó Ambros los cuarenta kilómetros, acariciando la culata de su ametrallador. Y al regreso, hizo lo mismo Moran.

Al sexto viaje, fué otro oficial legionario el que les cortó el paso. Habló con dureza, que no excluía la zumba.

—¿Un pitillo, «Skel and Bros»? Os estáis forrando de billetes, bandidos. Y como a mí me gusta mucho comadrear, si podéis perder unos minutos…

—¿Por qué no? —sonrió Moran—. Total, para cuatro cochinos días que vas a vivir, mi teniente.

El teniente rió en falsete voluntario. Señaló hacia las cumbres del montañoso paraje de los Burma.

—No lo digáis a nadie, «Skel and Bros», pero corren rumores de que allí hay bandidos. De esos que matan, roban y torturan. Bueno, eso era antes de que vosotros dos viajarais así, tan tranquilos. Y lo curioso, es que los Burma siguen matando, robando y torturando a todo quisque, menos a vosotros dos.

—Con lo cual, la plebe vulgar murmura de boca a oreja, que «Skel and Bros» reparten el cincuenta por cien de los beneficios con el mandamás de los Burma —comentó Moran, guiñándole un ojo a Ambros.

El teniente legionario que estaba contemplando su cigarrillo, aspiró humo, introduciendo la parte encendida dentro de la boca. Después, volviendo a contemplar el punto rojizo, manifestó:

—Ningún Burma hace sociedad con ningún representante de ninguna raza. Pero no deja de ser misterioso, que tengáis tanta suerte. ¿Cuántos ataques Burma habéis rechazado?

—Un manco los puede contar con los dedos de la mano… que le falta. No hemos sido atacados una sola vez por Burma. Lo fuimos por Purkas y Krots. Yo también acabaré por creer que los Burma nos consideran ídolos adorables.

—En cuestión de gustos no hay nada escrito. Hace algún tiempo que los Burma, que estaban divididos en varios clanes, se unieron en uno solo. Se unieron los que quedaron vivos. Los demás fueron liquidados por Mongol Kuan. ¿No habéis oído hablar de Mogol Kuan? Dicen que es un tipo de nuestra raza. No saben si francés, yanki o inglés si lo vierais, decidle que el Alto Comisario ha ofrecido cien mil francos por su pellejo. Por mí, ya podéis seguir el viaje.

—¿Podemos hablar en serio, teniente Bretonel? —inquirió Moran.

—Sólo me pongo serio con quien aprecio. Y os aprecio, bandidos Escupe, Skelet.

—Nos reventaría que pudierais imaginar siquiera que éste y yo tenemos la menor relación con la pandilla Burma que os hace la vida difícil. Tanto éste como yo somos los primeros en no comprender por qué nos dejan ellos circular sin obstáculos.

—Nos consta que sois un par de valientes, leales, y que no sabéis

jugar a dos paños. Olvidad mi comadreo, viejos. Un día u otro averiguaréis la razón por la que sois «tabú» sagrado para los Burma de Mogol Kuan. Buen viaje.

Unos kilómetros después, opinó Ambros:

—Tú tienes mucho partido con las damas, Skel. No sé que las das, ¡porque mira que eres feo! Pero ellas te encuentran fascinante, misterioso, machísimo y etcétera. ¿Y si hubiera una Burma Gran Jefa que estuviera loquita por tu metro noventa de huesos?

—Ya se habría asomado a la carretera y me hubiera tocado en la nariz con su abanico, diciéndome: «Tú eres mi hombre, Skel».

—Te lo insinuaron Ivy, Lolyta, Francine, Maryan… y no te dejaste llevar ante el lector de la Epístola de San Pablo. En serio, Skel… ¿qué demonios les sucede a los Burma de Mogol Kuan que no nos atacan?

—Ellos sabrán. A nosotros, lo que nos interesa es que siendo los únicos que transportamos por aquí, nos estamos hinchando.

—Envalentonados por nuestros dos primeros viajes, lo intentaron en sus camiones Farrere y Wilson. Les hicieron chatarra los camiones y los asaron con las mismas bielas.

—Escucha, Joss. Aquello que no entiendas, olvídalo. Tenemos el monopolio de los transportes desde las factorías al Sur de los Burma, porque podemos emplear el camino más corto y ofrecer, por lo tanto, tarifas más baratas que los demás. Eso es todo.

—Te has vuelto muy comercializado, y eso que eras un sentimental.

—Cuando el bebedor de grosera prueba el «Amer Picon», aborrece la grosella.

Recogió Ambros el acordeón, manteniendo entre las piernas el ametrallador.

Pero salvo ataques de algunos «extraviados», generalmente exguerrilleros reclamados por colaborar con el Kempei Tai, el camión «Skel and Bros», seguía efectuando el recorrido por el territorio Burma.

Los competidores transportistas obligados a seguir otros caminos, después del trágico final de Farrere y Wilson, decían en voz alta que la suerte de «Skel and Bros» no podía ser duradera.

En voz baja decían otras cosas que no deseaban llegasen a oídos de los dos amigos, que eran ya famosos por su directa contundencia.

CAPÍTULO XII

Roc Ruiz presentó una cartulina a Joss Ambros:

—Esta consulta la he dejado para que la resolváis vosotros.

Ambros leyó primero en voz baja, después en creciente diapasón:

> «11 horas, 4. Melvin Kennedy, detective privado de Sidney. Solicita escolta para visitar región Burma. Para pagar rescate por Michael Garnett, arqueólogo. Acompaña a la señora Garnett y a Briony Garnett. Residen desde ayer tarde en hotel “Ambassadors”. Convenido segunda consulta 17 horas en punto».

Joss Ambros miró su reloj. Eran las cuatro y treinta.

—Eres un talento, Roy. ¿Qué le dijiste a Kennedy?

—Que era asunto que sólo podían resolver los dos principales. Que estabais de viaje y os esperaba hacia las tres.

Joss Ambros fué al garaje, en el que Moran, desnudo el torso, estaba quitándose las manchas de grasa. El torso fibroso, veteado por largos músculos, tenía la flexibilidad y dureza de un compacto juego de resortes.

—Tómalo con calma, Skel, tómalo con calma, hermano —aconsejó, previamente, Ambros—. Tengo para ti una noticia que es pura nitroglicerina perfumada. Tómalo con calma, Skel.

—Ya has estado probando mezclas con Ruiz. ¿Qué nueva mixtura ha inventado? La última fué: «Unas gotas de limón en el fondo del jarrillo, dos dedos horizontales de ginebra, un dedo vertical de jugo de fresas y el resto champaña». Estuviste escupiendo hasta el día siguiente.

—Cierta noche confidencial, en que nos encontrábamos muy

solos, codo a codo, me dijiste que tu idolatrada novia se llamaba Bárbara Reed.

—No te dije mi novia, puesto que nunca le soplé a ella, ni la menor dulzura. Era una muchacha rica y me encontraba gracioso, pero nunca le dije nada referente a que… Bueno, ¿qué pasa?

—Me dijiste que se casó con un arqueólogo.

—Un tipo alto, desaliñado, despistado, tímido… Una birria de hombre, aunque muy inteligente, decía la alta sociedad.

—Que se llamaba Garnett, Mike Garnett, ¿no?

Tirando la toalla, Roy Moran se colocó la camisa limpia, examinando receloso a su amigo. Éste, repitiendo su advertencia, mostró la cartulina:

—Tómalo con calma, Skel. Voy a leerte algo chocante… «11 horas 4 Melvin Kennedy, detective privado de Sidney. Solicita escolta…».

Roy Moran se ajustaba la funda al hombro izquierdo cuando Ambros hubo leído por dos veces la anotación escrita por Roc Ruiz.

—Hace, algún tiempo, oigo que Bárbara está en Hanoi y se queda corto tu «jitterburg» comparado con el frenético galope que hubiese emprendido hacia el hotel «Ambassadors». Hoy ya estoy inmunizado contra sentimentalismos, Joss.

—Mejor —murmuró Ambros, empezando a enjabonarse.

—Pareces dudarlo…

—Yo no, hombre. El que no tiene que dudarlo eres tú. Digas lo que digas siempre atonta poder ver de nuevo a la mujer que fué el primer amor. Por más endurecido que estés o pretendas estar. Oye, ¿qué tal está Briony Garnett?

—Ni idea. No tuve ella el honor de conocerme, y viceversa.

—Recíbeles tú, Skel. Al fin y al cabo, estará ella más en confianza con un antiguo conocido.

En el despacho del que acababa de ausentarse Roc Ruiz, Bárbara Reed repiqueteó con los dedos sobre su bolso. Vestía un sastre blanco, con niki ambarino. La pamela de pajizo ambarino rimaba con medias y sandalias de alto tacón.

La esbelta jovencita de la «alta sociedad» se había transformado en lozana mujer, conservando el cándido azul celeste sus ojos y seguían siendo «cascada de miel» sus cabellos.

Eso vió Roy Moran, entrando. Su voz de grave ronquera era ya

el primer detalle impresionante en su presencia, aunque sólo dijese:

—Buenas tardes, señora Garnett.

Ella vió a un desconocido, elegante en su traje de seda gris. Un desconocido altísimo, con rostro de púgil sarcástico, que miraba ingenua y cruelmente el mundo, a través de las estrechas rendijas de sus ojos pardos. Un rostro de martilleados pómulos salientes y achatada nariz.

Las largas manos musculosas hacían rodar la cartulina en que estaban subrayados los nombres.

Y él comprendió instantáneamente que todas las demás: Dolly, Ivette, Maryan, Francine… acababan de esfumarse en el olvido total. Sólo alentaba en su alma una sola mujer, siempre la misma. La que estaba diciendo:

—He preferido ser yo misma la que intentase convencerle, señor…

—Skel.

—Ayer apenas llegamos, fuimos informados de que sólo había en Hanoi dos personas capaces de aproximarse al territorio Burma. Skel y Bros. Pero Melvin Kennedy, el detective, está realizando gestiones discretas, para ver si consigue confirmar sus sospechas.

«Pura delicia, encanto ensoñador», susurraba la íntima voz de Moran, que exteriormente apacentaba suma atención.

—Pero considero imprescindible ponerle en antecedentes. Perdóneme, ¿ha estado usted alguna vez por Australia, concretamente en Perth y Sidney?

—Sí. Mi compañero y asociado Bros es también australiano. Haremos lo que sea posible para solventar su caso, pero también considero imprescindible conocer a fondo el motivo de su visita al Tonkín.

—Michael Garnett, mi esposo, era miembro de la «Geographical Gazette», y no quiso que yo le acompañara cuando tan pronto empezó la retirada japonesa recibió el encargo de obtener reportajes gráficos sobre la antigua ciudad sagrada de los primeros birmanos que se instalaron en el Tonkín.

—De los que son descendientes muy mestizados los actuales bandidos Burma. ¿En qué fecha emprendió el viaje Michael Garnett?

—El siete de octubre del año pasado.

—Seguían los japoneses en Hanoi.

—Pero mi marido tomó pasaje en un avión especial, puesto a su disposición por la «Geographical Gazette».

—¿A qué obedecía tanta prisa? —preguntó Moran, mientras pensaba: «Siete de octubre. Se casaron el tres de octubre»…

—El editor estimaba posible que en su retirada, los japoneses incendiaran o destrozaran los restos de la ciudad sagrada, y era, pues, la ocasión de obtener unos artículos únicos.

—Michael Garnett es, pues, un científico heroico.

—¡Oh, no! —sonrió ella, melancólicamente—. Mike es más bien del tipo de intelectual soñador. Hacía tiempo que deseaba visitar la ciudad Burma. Yo intenté hacerle desistir, pero fué inútil. Quise acompañarle, y también se negó. La última noticia que de él tuve, fue una postal, fechada en nueve de octubre, en Junpur, puesto fronterizo birmano. Al transcurrir un mes sin noticias suyas, comuniqué con su editor, que me tranquilizó. No es que Mike Garnett fuera el prototipo de científico distraído, pero no debía inquietarme por carecer de noticias, me dijo el editor. Transcurrió otro mes y encomendé a Melvin Kennedy, un detective privado de Sidney, la investigación, ya que en la «Geographical Gazette», daban por muerto a mi esposo. Kennedy adquirió la certeza de que mi esposo había muerto…

—¿Puedo formular un comentario indiscreto?

—Dígame…

—La muerte de su esposo no parece afectarla mucho, señora Garnett.

Brillaron los azules ojos, desprovistos de todo matiz «celestial».

—Considero inoportuno y totalmente ajeno a su cometido ese comentario, señor Skel. Además, mi marido está vivo. Ésta es la prueba.

Del bolso extrajo ella un recio sobre. Maquinalmente, Moran examinó el matasellos de origen: Hanoi. Iba dirigido a Bárbara Garnett. El papel interior era también de recia fibra, de la clase empleada para dibujos y croquis. Aclaró ella:

—El sobre está hecho con meticulosidad por mi esposo. Es el papel que en blocs llevaba siempre en su mochila de viaje. Es su letra, y su peculiar estilo.

Leyó Moran:

«Mi querida Bárbara:

»Numerosos acontecimientos nos han separado por espacio de incontables días, que resumiré brevemente. Penetre en la ciudad sagrada Burma, cuyos restos de gran valor arqueológico yacían sepultados bajo numerosas capas de vegetación. Unos Burma, descendientes de los primeros pobladores de esta región, se manifestaron en un principio hostiles a toda comprensión, aunque pude demostrar que no me guiaba ningún propósito bélico. Mis escasos conocimientos del birmano no fueron puestos a prueba, por cuanto varios de ellos hablaban un francés suficientemente correcto. Tengo el convencimiento de que me consideraron y siguen considerándome un “kuan Gautha”, que equivale a “blanco loco”. He conseguido descubrir los restos de la ciudad sagrada, obteniendo fotografías excelentes y croquis magníficos. Pero los Burma, que en un principio quisieron torturarme y después me sometieron a una vigilancia amable, sostienen que siendo yo un «kuan Gautha», podré alejarme del territorio Burma, entregándolos un presente. Les he prometido que con esta carta obtendrán ellos su presente, y yo mi libertad. Son habitualmente de temple cruel y guerrero, pero cumplen sus promesas. No quieren la intervención de personas ajenas a nosotros, y yo no quiero la menor intemperancia. Por lo tanto, he convenido con su cabecilla que tú misma, acompañada por no más de cinco personas de tu entera confianza, ya que el viaje que te señalo en el croquis adjunto es peligroso, entregarás cincuenta mil guineas oro el Burma que me llevará al punto que te designo en el croquis. Elegí yo mismo el sitio y no has de temer ni por ti ni por mí. En el coche que te traslade al sitio indicado, colocarás en lugar visible una cinta de terciopelo color amarillo. Y ahora, mi querida Bárbara, solucionado mi regreso a nuestro hogar, he de afirmarte que día y noche ha sido tu imagen la que me ha dado fortaleza y vida espiritual. Te amé por tu carácter dulce y la hermosa inteligencia que te hizo ser para mí la perfecta compañera. Y así he ido recordándote con pasión, con ardiente pasión. Y espero apasionadamente nuestra definitiva reunión.

»Mike Garnett».

La letra era blanda, de rasgos redondos, casi femeninos. Roy Moran sentía una sed ardiente. Doblando de nuevo el crujiente papel en sus tres dobleces, examinó el croquis que tendía Bárbara Reed.

Dijo ella:

—Kennedy se opone a que vayamos Briony Garnett y yo.

—Desearía hablar cuanto antes con Kennedy.

—Puede decirme a mí lo que sea, señor Skel. Aunque sea desagradable.

—Este croquis designa un lugar completamente alejado de los caminos transitables. Y esta carta, sometida al juicio de cualquier persona sensata, demuestra… un atroz egoísmo. Mike Garnett merece una sola excusa: que está rematadamente loco. ¿Cómo puede ni siquiera imaginarse que los bandidos Burma le dejarán libre? Recogerían el dinero y la torturarían a usted… Deseo hablar con Kennedy.

—Nos han informado que sólo usted y su socio han transitado por esos parajes. Y Kennedy admite que con tal escolta podría intentarse el rescate.

—Su marido no debió aceptar la condición de que usted misma llevase el precio del rescate.

Se levantó ella, replicando:

—No quisiera parecerle incorrecta, pero estimo que sólo yo puedo ser juez de Mike Garnett. Usted es como Kennedy, un hombre de acción, desprovisto de sentimentalismos. Si llega a acuerdo con Kennedy, volveré a verle, señor Skel. Ahora tan sólo le pido que no comunique a ninguna autoridad el motivo de nuestro viaje a Hanoi.

—Tenga en cuenta que para circular por las dos carreteras que contornean el territorio Burma, es necesario un pase especial, que no concederán a ninguna mujer.

—Usted es transportista además de dueño de esta agencia. Al menos esto me dijo Kennedy. Podría, si quisiera, soslayar la concesión del pase.

—Hablaré con Kennedy, señora Garnett.

Mantuvo unos instantes abierta la puerta del despacho, mientras

Joss Ambros acompañaba hasta la salida a Bárbara Reed.

Roy Moran empleó el ventilador en haz de aire contra su rostro. Le daba calor la idea maligna que por vez primera en su vida estaba invadiendo su cerebro.

«Si Mike Garnett muriera…». «Merece morir por arriesgar la vida de ella»… «Si Mike Garnett muriera…».

No supo el tiempo que pasó sumido en contradictorias reflexiones.

Estaba Joss Ambros abriendo la puerta, cediendo paso a un individuo corpulento de grises ojos penetrantes, que con campechanía natural, saludaba:

—¿Qué tal, Skelet Moran? Me llamo Kennedy. ¿Qué solución vamos a darle a este endiablado asunto? Si no la acompañamos, la señora Garnett irá sola. Usted no puede forjarse la más leve idea de lo tercamente admirable que es ella. Y lo más admirable es que por si no bastara con el endiablado asunto del rescate, hay otra pepita incrustada en el meollo del caso «BárbaraMike». Una mujer que se casó enamorada, y que el mismo día de su boda se encontró abandonada, sola y sin marido, es de por sí endiablado. Pero ¿por qué boquea así, mi querido colega?

CAPÍTULO XIII

—No sabíamos que fuera usted transportista, Kennedy —rezongó Ambros, sentado en la esquina de la mesa—. No somos detectives y los títulos así son folletinescos como «abandonada el día de su boda» —porque dijo usted el día y no la noche, ¿verdad, compadre?— nos dejan turulatos.

—Vamos a agarrar por el cuello al oso. Ustedes dos tienen fama de rudamente claros en sus negocios. Yo me busco unos miles y sólo puedo conseguirlos si me ayudan La señora Garnett es lo suficientemente rica para poderles proporcionar también unos miles que nunca vienen mal. Puedo llegar, autorizado por ella, hasta diez mil.

—¿Qué sugiere usted para ganarse sus miles, Kennedy? —inquirió Moran.

La pregunta brusca concordaba con el estilo del detective, que apartando un cenicero, trazó con el grueso índice una línea.

—Hay un camino por el que sólo ustedes dos y su camión viajan impunemente. Llevan distintas cargas, que los legionarios ni siquiera se molestan en examinar. Preparen un buen asiento confortable y camuflado para ellas dos.

—¿Por qué ha de ir Briony?

—Fraternalmente inquieta, ¿comprende?

—Lo que comprendo es que ellas dos no parecen darse cuenta de que los Burma no son gente con quien pueda negociarse Si Garnett está loco, ¿por qué hemos de exponer la vida de dos mujeres?

—Razonamientos que he reiterado hasta la saciedad. No quiero parecer dogmático, pero permítanme presumir de hombre casado. Tengo una esposa sumamente dócil. Yo soy el que en casa chilla y manda. Mi esposa siempre me dice que sí, pero al final, en aquello que ella se ha propuesto, no sé cómo diablos ocurre, pero se hace lo que ella quiere.

—Sin embargo, su esposa no le pedirá cosas insensatas.

—Las mujeres tienen la virtud de presentar con sentido común las mayores insensateces. Briony dice que se moriría esperando el regreso de Bárbara. Bárbara sólo dice que irá, con quien sea, conmigo o sola. Y yo digo… si han de matar los Burma a la señora Garnett, que al menos no me quede el remordimiento de no haber intentado impedirlo. O sea, que no me queda más remedio que ir con ella.

—Usted gana, Kennedy. Pero como el camión es de Joss y mío, impongo una condición. Usted protegerá a Briony y la retirada. Yo echaré a suertes con Joss y uno de nosotros acompañará a Bárbara. No caben discusiones. A nosotros, por lo que sea, los Burma parecen respetarnos. A primera hora mañana por la mañana, vengan los tres aquí. A las ocho.

—«Okey», amigos —sonrió Kennedy, exhibiendo su dentadura aurificada.

—Dijo ella que usted tenía ciertas sospechas…

—Las aparte por completo. Podía tratarse de una simulación de la letra y estilo de Mike Garnett. Pero esta misma tarde, antes de venir a verles, hallándome con la señora Garnett en el hotel, la vi a punto de desvanecerse. Acababan de llamaría por teléfono. Y era la voz de Mike Garnett la que le había dicho: «No tengas miedo y haz lo que te pedí. Mogol Kuan sólo quiere el dinero y yo sólo te quiero a ti». Un mensaje cariñoso.

Y levantándose, añadió el detective:

—Indagamos de dónde procedía la llamada. De un teléfono público, una de las veinte cabinas del parque de atracciones, el «Sena Park». Es fácilmente deducible que Mogol Kuan, el blanco cabecilla de los Burma, dispone de un coche y que no pasa por los puestos legionarios.

—Mañana se lo preguntaremos a Garnett. Es posible que sólo quiera dinero Mogol Kuan.

Cerca ya de la puerta, dijo Kennedy:

—Es imposible intentar nada sin la presencia de Bárbara Garnett. He tenido que jurarlo así. Teme ella que si alguno de nosotros pretendiera rescatar a su esposo sin exponerla a ella, sólo conseguiríamos firmar la sentencia de muerte de Mike Garnett. Mañana a las ocho en punto estaremos aquí.

—Les visitará mi socio a la hora de la cena, para hablar a solas con Briony. Ya tenemos dos opiniones. Nos falta la tercera. De todos modos, no alterará el resultado. Al fin y al cabo, entre compatriotas existe solidaridad.

Se fué Kennedy. Dirigiéndose al garaje, preguntó Ambros:

—¿Para qué quieres que hable a Briony?

—Sólo para que yo sepa una cosa: qué motivó la ausencia de Garnett el mismo día en que se casaba con Bárbara.

—«Okey». Y naturalmente, ya hemos echado a suertes, y tú acompañarás a Bárbara hacia el punto señalado en el croquis.

—Me asusta ver lo listo que eres, Joss.

Joss Ambros dió una palmada en la nuca de su amigo.

—Ojalá… se quede ella viuda y tú dejes de ser soltero, Roy.

—He pensado lo mismo. Me he visto estrangulando a Mike, y te confieso que no lo haré. Sigo siendo un imbécil sentimental.

—Sigues siendo el hombre bueno, cuya amistad me enorgullece. Hace falta mucho valor, para escoltar a la mujer que se quiere… hacia el que nos la quitó.

—Mike no me quitó nada. Te he repetido ya que nunca le dije a ella una sola palabra melosa. Nos veíamos en la misma clase de idiomas. Y cuando ya hube aprendido francés, me dediqué al español, porque ella también estudiaba español. Si no llega a casarse con Mike Garnett, a lo mejor termino estudiando griego. Colocaremos dos cajas junto a la cabina. Entre las dos cajas, unas lonas dobladas. Explícales que sólo irán escondidas hasta el kilómetro segundo, pasado el último puesto de vigilancia. En cuanto a Kennedy, irá escarbando entre dos fardos de cajas de conserva. Así a cada traqueteo maldecirá habernos embarcado en este endiablado rescate.

A las nueve de la noche, Joss Ambros, llevándose los dedos a los labios, lanzó un beso al aire, antes de sentarse frente a Moran:

—¡Ay, mamá! Un bombón trufado. Morena, de ojos miosotis y una boca que es un clavel reventón. Nos considera algo así como Stingaree[4]. Ha reñido con su último novio porque era un «blando mental». Nos sentimos en confianza pronto. Al despedirme me dijo, textual, palabra: «Mañana viviremos unos minutos tan intensos, Joss, que valdrán por años»… Tiene todo el encanto de Sidney concentrado desde la punta de sus largas pestañas, hasta el meñique

nacarado de…

Ray Moran hizo crujir sus dedos y Joss Ambros volvió a la tierra:

—El tres de octubre, día de la boda, todo fué como una seda, en lo referente a la ceremonia. Los invitados estaban tomando sendos tragos y sacudiéndose el banquete padre, cuando le entregaron a Mike un telegrama. Urgentísimo. Briony lo leyó. Tenía que declarar en Auckland, acerca de un accidente ocurrido a un conocido suyo. Lo normal hubiera sido que se llevara a Bárbara. Pero se fué solo y desde Auckland escribió a Bárbara que se iba a la ciudad Burma. Incomprensible, ¿verdad?

La sonrisa de Roy Moran contenía la antigua acritud que le caracterizaba cuando «groggy», se mantenía en pie, inverosímilmente sostenido por una íntima energía indominable. Dijo:

—Y ella viene por su luna de miel. Pero… ¡esta vez no me callaré, así me muera! Ya no soy Roy Moran, el enamorado de un imposible. Le sacaré a su Mike del asador, pero Mike me oirá también. Por de pronto, le haré saber a él que sólo un cobarde o un loco… Si es un loco, que lo encierren, y si es un cobarde… ¡no se merece a mi muchacha! ¡Eso es! —resopló, furioso, Skelet Moran.

Joss Ambros aprobó solemnemente:

—Así se habla, hermano. Kennedy guardará el camión y a Briony. Tú y yo escoltaremos el dinero y a tu muchacha.

—Quiero estar a solas con ella.

—Vas ahora mismo al hotel y…

—Los Burma no nos han matado. Tampoco mañana lo harán. No discutas más, hermano. Tú llevarás el volante… Del resto me ocupo yo. Si fuera a la inversa y tu muchacha pidiera escolta, ¿iba yo a ser tan mal amigo que no te dejara a solas con ella? No en el hotel. Por el camino hacia lo ignorado… allá como dice Briony, donde los minutos valen años… Y ahora, a dormir, hermano.

—«Okey».

Pero durmió mal Roy Moran. Y Joss Ambros se pasó horas buscando en vano un ardid que le permitiera conservar al amigo, sin perder su amistad.

CAPÍTULO XIV

El camión dejó atrás el último puesto avanzado de vigilancia legionaria Joss Ambros, ladeado en el asiento, descorrió la abertura en la lona que comunicaba con el compartimiento de carga.

Sonrió en guiño animoso a Briony Garnett, que insistió:

—Si no hay peligro para Bárbara, tampoco lo hay para mí, señor Skel.

Por aquella recta hubiera podido Moran conducir a ojos cerrados, pero no se volvió cara contestar:

—Un Kuan Gautha tiene derecho a invitar a su esposa, y yo voy de simple escolta del dinero, cuyo peso justifica mi presencia. Comprendiendo su ansia por ver a su hermano, no accedo a su deseo de salir. Y convinimos ya entre Kennedy, Joss y yo, cuál era el medio más eficaz de contrarrestar la posible candidez de Michael Garnett. El es un sabio abstraído, que confía en los Burma. Nosotros, no siendo sabios, trataremos de funcionar con los pies tocando el mísero barro. La señal, Joss.

Bárbara Reed tendió a Ambros cuatro tirillas de terciopelo amarillo, cosidas por un extremo en torno a un grueso cordón también amarillo.

Joss Ambros, asomándose por la ventanilla, ató sólidamente el cordón en torno al remate superior del parabrisas.

—Si han de emplear prismáticos como supone Kennedy —dijo Bárbara— es conveniente que me puedan ver.

—También tienen prismáticos los oficiales legionarios —rebatió Moran.

El sitio designado en el croquis enviado por Garnett, era un cauce seco, antigua torrentera de aluvión, que a modo de fiord sin agua, se internaba hasta dos kilómetros en el interior del territorio Burma, partiendo desde la carretera.

Entre dos altos macizos rocosos, cubiertos de la típica vegetación

tonquinesa. El croquis, trazado a escala, señalaba como punto de cita un ensanchamiento a mil doscientos metros de la carretera.

Bordeaban las franjas de cañaveral. Era en uno de aquellos oscilantes muros verdes, donde la compañía C, soportó el ataque de japoneses y Burmas…

—Cada cual sabe ya su cometido —vino a decir Kennedy, instalándose tras haber apartado una caja—. Y no me pulverice con su mirada asesina, Skel. Yo vine con mis clientes desde Sidney… Considero que me pertenece por derecho propio acompañar a la señora Garnett…

Frenó Moran con cierta brusquedad:

—Tuyo el volante, Joss. Eres la única persona en el entero mundo, en quien confío ciegamente. Nada de sentimentalismos desplazados. Me respondes del detective y de Briony. Puede usted trasladarse ahora, señora Garnett.

Bárbara Reed se deslizó por encima del respaldo. Cubría a medias sus rubios cabellos, un pañuelo azul. Calzaba botas tobilleras de antílope, y formaba un conjunto deportivo la falda pantalón tejana marrón, con incrustaciones doradas, y el blusón a listas blancas y azules.

Quedó sentada entre Ambros al volante y Moran adherido a la ventanilla sobre la que ondeaban las cuatro cintas de terciopelo amarillo.

Rompió Briony al cabo de unos instantes el tenso silencio:

—No tardaréis mucho, ¿verdad, Bárbara?

—Ida y vuelta en media hora, más unos diez minutos de imponderables —cronometró Ambros.

La carretera iba trazando una serie de virajes en llano y al otro lado del macizo hendido por la torrentera seca, se extendían en llanura ondulante los cañaverales.

Joss Ambros realizó la maniobra de virar, en cuatro tiempos, deteniendo el camión, que ahora quedaba dando frente al Este, hacia Hanoi.

Bajó Moran, y Kennedy dijo, campechano:

—Todo irá bien, señora Garnett. Lleva usted al mejor escolta y técnico tonkinés. Cuarenta minutos, Skel. Y descorcharemos el frasco que he traído para celebrarlo.

Estaba ya Bárbara Reed contemplando el inicio de la torrentera,

distante medio centenar de metros. Primero una explanada de guijarros planos, por entre los cuales la lluvia había formado surcos terrosos.

Después, la cortadura entre los dos peñascales, se adentraba sombreada.

Joss Ambros tendió la cesta de mimbre en forma de morral, cuya bandolera se atravesó Moran al hombro derecho.

Vestía camisa blanca, pantalón de dril arremangado sobre las botas, y se cubría con un ligero casco colonial de corcho y lona.

Quedaba visible en su hombro izquierdo, ante el pecho, la metralleta.



—Has desperdiciado balas que luego te harán falta...

—Vamos, hermana. Al paso —invitó sin volverse, echando a andar.

Joss Ambros impuso silencio a Briony aplicándole, risueño, un dedo sobre los labios. Íntimamente, sentía congoja…

Bárbara Reed no habló hasta que el camión detenido en la

carretera, motor en marcha, distó unos treinta pasos.

—Es un sitio desolado. ¿Por qué me llamó «hermana»?

—Fué un escape. Solíamos animarnos así durante la guerra.

—No le considero necesitado de estímulos, Skel. Camina usted con la decidida y fría impasibilidad de un jugador de golf británico.

—Hace tiempo que me he acostumbrado a disimular lo que por dentro me pasa. Escuche, muchacha… Usted se ha empeñado en esta excursión y necesitaba un escolta, aunque sólo fuera para transportar estos quinientos cartuchos de cien monedas oro.

Y golpeó la cesta de mimbre suspendida a su costado izquierdo.

Dejó ella de escrutar las cimas para mirar hacia atrás, y ondeó una mano, sonriente. Al volver a caminar, murmuró con voz trémula:

—Siento inquietud. Este silencio impresiona.

—Hablando no se dará cuenta.

—Kennedy, Ambros y usted están convencidos de que es una locura intentar el rescate de Mike. No lo niegue. Skel.

—No lo niego.

—Entonces, ¿por qué me acompaña? No aceptó esta mañana el cheque.

—No cobro nunca por adelantado. Ya, se lo dije.

El estrecho camino era llano y las sombras daban humedad viscosa a las paredes en declive pronunciado.

—¿Qué hará usted si se confirman sus sospechas y los Burma de Mogol Kuan pretenden aprisionarme, para obtener otro rescate?

—Todo está previsto por el mando —sonrió Moran—. Deje de pensar en lo que pronto quedará resuelto y hábleme de usted, de su agradable existencia allá en Perth y Sidney.

—Es usted un hombre enigmático, Roy… ¿Por qué no me dijo desde un principio que usted era Roy Moran? Aquel muchacho que asistía a los cursos de idiomas de la «Friedendorff». Le recuerdo perfectamente… pero es increíble la transformación que usted ha sufrido. Antes era un joven delgaducho, de aspecto corriente… Cuando Kennedy averiguó que usted era Australiano, y se llamaba Roy Moran… le recordé al instante. Porque me parece que entonces le inspiraba yo cierta… Discúlpeme, serán los nervios…

—Benditos nervios, entonces. Faltan pocos minutos para llegar al lugar del «rendezvous» —dijo él, aminorando el compás de su

zancada—. Y ante lo ignorado, se puede uno despojar de convencionalismos. Usted vió en mí un flacucho insignificante, uno de tantos hombres que la miraban con agrado. Pero yo veía en usted, algo que sólo se presenta una vez en la vida de un sentimental. Si hoy puedo hablar francés y español, a usted se lo debo, Bárbara.

Ella asió por el codo, nerviosamente, al que la miró sorprendido.

—He oído ruido de pasos…

—Sí. Un ruido, pero no eran pasos. En aquella roca, todavía puede verlo.

Señaló Moran hacia lo alto, en la izquierda; un pájaro del tamaño de un aguilucho, picoteaba entre sus plumas. Un plumaje multicolor que brillaba rutilante, acariciado por el sol.

—Es el «bobec», pico vanidoso. Grazna feamente, pero se cree un tenor. No canta ahora, porque ha visto que no le hacemos caso…

En la hondonada, ancha de unos diez pasos, parecía que todo vestigio de vida había cesado de latir. Sin embargo, sintió ella los latidos de su corazón, y no supo a qué atribuirlo.

Si al insidioso miedo colándose por su venas, o a la expresión de fiera adoración con la que, en pie ante ella, dominándola, decía Roy Moran:

—Dentro de poco, verá usted a Mike Garnett. Pero lo que me he callado durante siglos, lo voy a desembuchar en segundos. No tengo el pico distinguido, pero en sueños hablo finamente. En sueños que me mantenían desvelado. Cada día, al terminar la hora de clase, y verla marcharse, sentía rabiosos deseos de morirme… Era usted para mí la encarnación de la belleza, de la delicada poesía… y cuando leí en los periódicos, que la rica heredera Bárbara Reed contraería matrimonio el tres de octubre con el científico mundialmente famoso Michael Garnett… pues, me comporté como una mecanógrafa histérica. Primero lloré dándome puñetazos, después pensé ingerir algún veneno, y por fin decidí enrolarme en los Velvet. Y tengo la cara así de rara, porque me la deshicieron a puñetazos, por culpa de tres fotografías. Las únicas que tenía de usted… Y varios estúpidos las mutilaron pintando sobre el rostro… No me mire con tanta pasión, muchacha… Todo fué culpa de aquel flacucho indeciso, soñador y vulgar… Vamos, hermana, al trote.

Anduvo Moran varios pasos, pero se estremeció al sentir la mano

de ella rodear su codo izquierdo.

—Ha sido emocionante su declaración, Roy —sonreía ella con melancolía—. Ya hoy está curado de aquello que no fué más que una ilusión. Las pocas veces que nos hablamos, nunca me dijo usted nada que… me permitiera adivinar…

—Ha pasado el tiempo suficiente para que sólo yo pueda saber si lo que llama usted «aquello» fué una ilusión o se ha arraigado más. Escuche… He luchado por conquistar unos palmos de terrenos que no eran australianos. He luchado para obtener una fortuna. He conocido mujeres que sólo me inspiraron pasajera sensualidad. Y si estuviéramos ahora en otra fecha, si el tiempo pudiera retroceder… usted no se hubiera casado con Garnett… Porque yo habría hablado, y si no le hubiera inspirado el menor amor… ¡tampoco Garnett se la hubiera llevado! Y prefiero decírselo… Usted no puede quererme, yo a Mike Garnett le expondré mi parecer. Es un cobarde y un tipo indigno. Indigno de… llevársela a usted…

—Habla como un salvaje, Roy…

El desfiladero se iba ensanchando a medida que serpenteaba.

Roy Moran rió, crispado el rostro…

—Estudiamos Geografía o Historia Natural, o lo que fuera. Definían el volcán como una acumulación de fuego que iba solidificándose, hasta que de pronto estallaba… Y a partir de ahora, bueno es que sepa que el volcán ha estallado. Si no hay contratiempos y Mogol Kuan acepta el «toma y daca», entregándonos a Mike Garnett, a cambio de estos quinientos cartuchos, le diré a su maridito lo que pienso de él. Si hay contratiempos, su vida estará en peligro y como escolta debo evitar que la apresen. De una u otra manera, al menos por unos minutos, usted no tendrá más que una protección: la mía. Suena presuntuoso, pero es así…

—Es inhumano su comportamiento, Roy… Me crea un nuevo problema, mientras avanzamos hacía…

—Hacia esto —atajó Moran, alargando el brazo derecho en barrera, cortando el paso a Bárbara Reed.

El desfiladero se truncaba en explanada lisa de unos cincuenta metros de diámetro. Parecía un diminuto anfiteatro romano, con bloques de mármol negro, recubiertos por placas de musgo.

Formaba un arco truncado, cuya brecha era el lugar en que se

hallaban Moran y ella.

No había mas que tres individuos visibles. Se hallaban en pie, en el centro del anfiteatro de graderías ascendentes, cuyas últimas gradas rozaban las rocosas paredes circundantes.

Estaban en pie, y recordaban un gráfico muy generalizado en los periódicos al representar a los atletas olímpicos.

En el centro de la arena, había un estrado de medio metro de altura y ancho.

A un lado del estrado, se hallaba fumando indolentemente un japonés. Llevaba el gorro militar de corta visera y cónica copa. Su uniforme deslustrado lucía los emblemas de coronel.

En el estrado se mantenía hierático, cruzados los brazos, un hombre alto, de rostro anguloso, ojos grises. Vestía un extraño atuendo, antiguo… Botas de puntera curvada hacia arriba, sedoso pantalón amarillo, casaca roja con dragones bordados en oro y un casquete negro, brillante en su rígida contextura.

—Mogol Kuan —dijo el coronel japonés, señalando hacia el estrado.

Su voz resonó ampliada en la concavidad de graderíos.

Bárbara Reed se apretaba contra el costado de Moran, en femenina busca instintiva de protección contra un peligro ignorado.

Pero Roy Moran sólo podía contemplar fijamente al tercer hombre… El que estaba al otro lado del estrado.

Un atleta de ancho busto desnudo, cruzado por el aspa del correaje cartuchera. Llevaba un sombrero mugriento de ala ancha abatida por un lado, prendida en alto por el otro.

Su pantalón de dril y sus botas procedían de la Intendencia
A. N. Z. A. C.
Y Roy Moran fué identificando el rostro triangular, de estrecha frente, ojos verdes claro y delgados labios, del sargento Craig Judson.

CAPÍTULO XV

Empujó Moran con el brazo extendido, hasta que Bárbara Reed quedó resguardada contra la roca de entrada, fuera de la trayectoria del desfiladero.

—Me están crispando el vello, es los tres monigotes —declaró.

Y su ronca voz contrastó con la meliflua del coronel japonés.

Mogol Kuan abandonó su hierática postura, y, en perfecto inglés, especificó:

—Los Burma no tienden emboscadas. Explíquelo elocuentemente, coronel Yakima.

Insertas las manos entre la guerrera y el cinto negro, dió unos pasos el coronel Yakima. Se detuvo sonriente.

Estallando en carcajada sarcástica, Craig Judson se adelantaba a él, y empleó el fusil ametrallador para acompañar sus palabras. Daba la espalda a Moran y le hablaba a Mogol Kuan:

—Conozco sobradamente a Skelet Moran. Yo sabré explicarle menos elocuentemente que el coronel, pero más explícitamente lo que ha de hacer.

Y volviéndose, avanzó felinamente… Siempre el mismo, pensó Moran. Dando la impresión de un peso pesado, dotado de ligereza ingrávida.

Bárbara Reed quería decir algo que su reseca garganta no emitía.

Craig Judson, a tres pasos de Moran, colocó su fusil ametrallador como el cayado de un pastor. Atravesado horizontalmente tras su nuca, apoyando las manos en cañón y culata.

Resaltaba el abombado torso y la amplitud de los dorsales.

Fijó su verdosa y maligna mirada en Bárbara Reed. Una ojeada de tosca admiración, que hizo abrir y cerrar los puños a Moran.

—Te dieron por desaparecido y muerto, Judson. Y sigues asquerosamente vivo. Fuiste un sargento ejemplar. ¿Y qué eres

ahora? El que cepilla el bonete de Mogol Kuan y ametralla a legionarios.

—Sigues tan imbécil, Skelet. Echándotelas de valiente. Pero estás ya apestando el aire. Entrégame el dinero del rescate y ella podrá ver a Michael Garnett.

Bárbara Reed dió un paso hacia adelante Roy Moran tendió de nuevo el brazo derecho para asir por la muñeca a la que se disponía a dirigirse al estrado, como fascinada por la sonrisa de Mogol Kuan.

—No se mueve usted, mientras no lo disponga yo, señora Garnett —silabeó Moran—. En cuanto al dinero, veréis su color cuando esté Garnett aquí, a mi otro lado. Yo también me siento mandarín. ¿Dónde está Garnett?

Rió silenciosamente Judson. Intentaba desprenderse Bárbara Reed, y fué el coronel Yakima el que, dando unos pasos, aclaró:

—No puede usted impedir que se reúnan ella y su esposo, joven Moran.

—Usted no se entrometa, coronel. Hace tiempo que dejé de perseguir japoneses y correr perseguido por ellos. Yo traigo el dinero, y respondo por la salud de la señora Garnett. Traigan a Garnett…

—Vuelvo a entrometerme, Moran. Pregúntele a la señora Garnett si Mogol Kuan no cumplió lo que escribió Michael Garnett.

Bárbara Reed dejó de forcejear, y dócilmente retrocedió hasta quedar adosada a la pared. Susurró:

—Es incomprensible… —Y súbitamente gritó en aguda temblor —: ¡Cesa en tu actitud. Michael Garnett! ¡Habla ya, Michael!

Mogol Kuan se fué aproximando con lentitud, hierático en su atuendo de cabecilla mogólico. Llevaba al cinto de anchas vueltas sedosas, un puñal curvado en su punta, y una automática.

Sus grises ojos contemplaban apasionadamente a Bárbara Reed. Se detuvo a tres pasos, y a su gesto imperativo, retrocedieron Yakima y Judson.

—Todo lo comprenderás tan pronto a solas contigo pueda explicarte lo que me era imposible tiempo atrás, ligado a un juramento de honor. No tienes nada que temer, Bárbara. Te necesitaba, y a mi lado compartirás el triunfo.

—Mogol Kuan —murmuró Moran—. Michael Garnett… ¿Qué nueva locura es ésta? Todo el año no es Carnaval…

La expresión de viril apasionamiento que alentaba en el semblante de Garnett, se transformó en repentina máscara de crueldad indescriptible.

Y su voz vibró colérica:

—Entrega el dinero y vete. Tienes vida salva, porque quise complacer a Chester Kirby y a Earl Mackey, que antes de morir heroicamente combatiendo a los opresores de la raza pura, intercedieron por ti y tu compañero. A eso debiste el poder apestar con tu camión los linderos del territorio Burma. Pero este privilegio ya ha cesado. Vete y no vuelvas nunca por el territorio Burma.

—Michael… Te suplico, te exijo que me expliques…

Volvió Garnett a ser el soñador enamorado.

—A solas contigo, sabrás por qué tuve que abandonarte, pero ya nunca más nos separaremos. Ven…

Tendía Garnett las dos manos. Y ella denegó en lento ademán:

—Vine a rescatarte, Michael. Creyendo encontrar al que fué amable, tímidamente respetuoso, enamorado de mi espíritu… Y eres Mogol Kuan, el jefe de bandidos, que mata, incendia, saquea… ¿Cómo es posible, Michael?

Con visible esfuerzo, se dominó Garnett. Si era un loco, lo que no dejaba lugar a dudas es que deseaba apasionadamente a Bárbara Reed.

Irguiéndose, con impasible rigidez, comunicó:

—Entrega el dinero y vete, Roy Moran. Mi esposa te agradece la escolta.

—Entregue el dinero, Roy —suplicó ella—. Y accederé a reunirme contigo, Michael, cuando… puedas explicarme en sitio civilizado y comportándote como un hombre civilizado, el por qué de tu misteriosa actitud.

Roy Moran quitó la correa que cerraba la cesta de mimbre. Extrajo tres cartuchos de blanco papel, redondos. Rasgando un extremo con los dientes, tiró a dos pasos los tres cartuchos.

Tintinearon las monedas de oro al ir rodando, desprendiéndose de su envoltorio.

—Cincuenta mil guineas en quinientos cartuchos. Un transporte pesado —sonrió alegremente.

Ella acababa de negarse a reunirse con Michael Garnett…

Michael Garnett, retrocediendo, manifestó:

—No llegaréis a la carretera, Bárbara. Y sacrificarás inútilmente la vida de este hombre. Esperaré tu dócil aceptación del destino que he forjado. Este hombre podrá irse libremente, tan pronto entregue el dinero y tú estés a mi lado.

Michael Garnett se dirigió al estrado… que no era de piedras calizas como pensó en un principio Moran, sino una compacta masa de humanas calaveras.

Insinuante, dijo Yakima:

—Mogol Kuan conservó de su anterior personalidad, el amor hacia usted, pero representa una fuerza que no puede detenerse ante nada. Se lo ruego, Bárbara Garnett…

—¡Bárbara Reed! —atajó Moran, tirando otro mazo de cartuchos —. Fué un matrimonio de papel, y ahora lo ha visto ella misma con sus ojos. Un coronel japonés, que fraterniza con bandidos. Un desertor australiano, que le cepilla el bonete a un loco peligroso… Una manada de bandidos. ¡Ésta es la compañía que ofrece Mike Garnett, el demente!

—Lo siento —sonrió Yakima—. No quieren hacerse cargo de que Mogol Kuan no es un demente y que desea legítimamente la esposa que no pudo hacer suya porque tuvo que obedecer la orden del Kempei Tai. Les aconsejo abandonen esta infantil actitud. Usted sería la responsable de la muerte de este joven impetuoso e irreflexivo, Bárbara Garnett… Acepte mi escolta. La escolta de un coronel japonés.

—¡Que debería estar en Tokio como los otros! —afirmó Moran, encendiendo un largo cigarro delgado.

—Déjemelo a mí, coronel —intervino Judson, avanzando—. Este imbécil sólo entiende el lenguaje directo.

Yakima dedicó un saludo a la australiana, antes de reunirse con Mogol Kuan. Y Craig Judson señaló con la diestra la cesta de mimbre. La señalaba con el cañón del fusil ametrallador.

—Déjate de sembrar moneda, Skelet. Tira la cesta y lárgate. Yo te respondo que llegarás vivo a Hanoi. Pero ya oíste. No vuelvas con tu camión o te freiríamos como a Farrere y a Wilson.

—Cuando ella esté ya en la carretera, soltaré la cesta dorada, mi sargento. La trampa está ya descubierta. Aquel loco quiso dinero y esposa. Que se conforme con el dinero y va que escarba. Y tú no te rías así. Hubo un tiempo en que me reventaba verte, pero te

admiraba porque eras un valiente. Ahora me das asquito. Retirada, Bárbara. Váyase tranquilamente, que antes de cinco minutos ya estoy yo al volante de mi apestoso camión.

Con el fusil ametrallador, señaló Judson por encima de su hombro.

—Nos ves solo a nosotros, Skelet. Pero hay centenares de Burmas camuflados. Déjala a ella, si quieres llegar vivo a tu camión.

—Vámonos, Roy —suplicó ella—. Déjeles el dinero y vámonos.

—El oro es nuestro salvoconducto. Te entregaré la cesta dorada, a la que huela la gasolina a menos de veinte pasos, mi sargento. Te doy mi palabra de que te dejaré volver con el oro y el pellejo, para que puedas prosternarte ante el loco aquel… ¡Cuidado, coronel! No juegue con fuego, que se quemará.

La diestra de Yakima se detuvo a unos centímetros de la culata. Gritó Garnett:

—¡Un hombre sólo te desafía, Judson!

Rió Moran, acercando un cartucho al cigarro encendido.

—Por mi piel, muchacha. Empieza ya la retirada. ¿Ya te has dado cuenta, mi sargento? No es oro todo lo que reluce. Esto es dinamita.

CAPÍTULO XVI

Bárbara Reed, con escalofríos de terror, se internó en el desfiladero. Veía a Judson petrificarse, mientras Moran, sosteniendo cerca del cigarro el cartucho blanco, redondo, añadía:

—Puedes disparar, mi sargento. Y vuelan el loco, el coronel, tú y las piedras. No voy a tirar este petardo… Lo meteré dentro de la cesta y vete calculando. Treinta cartuchos de dinamita disparando monedas de oro. El oro llegará a Sidney… ¿Me oye, coronel?

Las palabras de Moran resonaban mordientes, porque el cigarro quedaba aprisionado entre los molares.

—¡Atento al redoble, coronel! Yo no quiero morir convertido en menudillos, ni me interesa desmenuzarles. Tengo dos manos, muy visibles. En la que ven, dinamita. En la otra, que no ven, hermosos discos dorados. Iré sembrando oro en mi retirada… o dinamita, a elegir… Pero toda retirada ha de ser debidamente meditada. Cada paso que yo de hacia atrás, ¡un paso al frente, sargento Judson! Cada paso que me acerque al camión, ¡un paso al frente, coronel Yakima! Cada metro que nos aleje de esta emboscada cobarde, ¡un metro que has de andar, MikeMogol!

A espaldas de Moran, Bárbara Reed aplicó sus manos contra los costados del que siguió mordiendo cigarro y palabras:

—Si asoma un Burma y dispara, volaremos todos. Si duda que sea dinamita, coronel, dígamelo. Le haré una demostración.

Llevaba la cesta delante del estómago y extrajo otro cartucho, después de tantear. Lo enseñó en alto, mientras el otro continuaba a escasa distancia del extremo del papel parafinado.

Dió un paso atrás, conducido por las manos de Bárbara Reed. Manos que temblaban, mientras ella miraba hacia atrás y a las cumbres da peñascos.

Craig Judson dió un paso adelante, y el coronel Yakima permaneció junto a Michael Garnett.

El cartucho que mostraba Moran tenía, como el que se aproximaba al cigarro, una mecha negra de un centímetro asomando en el extremo del papel parafinado.

—¡Ahí va la prueba! —gritó Moran.

Acercó la mecha y el chisporroteo surcó los aires, lejos, trazando por encima del estrado un arco que fué a terminar en lo alto del peñasco, rozando la última gradería.

Retumbó la tierra y corrieron hacia delante Yakima y Garnett. Varias piedras rebotaron donde poco antes estaban.

Apresuró Moran la zancada hacia atrás, y Judson, sudoroso el rostro, distante dos pasos, miró cómo su antiguo subordinado mantenía otro cartucho con mecha cercana al cigarro, mientras iba «sembrando»…

Tanteaba en el interior y echaba al suelo cartuchos que tintineaban.

—No puedo equivocarme, mi sargento. El oro está envuelto en papel granulado y la dinamita en escamoso parafinado. Estamos sudando todos. ¡Grite sus órdenes, coronel! ¡Burma que dispare, y se hunde el desfiladero!

Fué Garnett el que gritó en dialecto birmano. Avanzaban los tres distanciados unos pasos. No miraban el oro que iba desparramándose al ir tirando Moran los cartuchos después de desgarrar con la uña un extremo.

Miraban el rostro de púgil, aureolado a instantes por leve columnilla de humo y lo que parecía una bujía grisácea con su cortísimo pábilo.

Bárbara Reed iba presionando con sus manos, indicándole «la retirada» al que merecía más que nunca el calificativo de «ProtectorMan».

Y los minutos tintineaban con rumor de oro y con intensidad angustiosa.

Estaban ya en la recta final, y resonó amplificada por el tubular embudo del desfiladero, la voz de Joss Ambros:

—¡Vamos, hermano! Galopa.

Sin volverse, dijo Moran:

—Que Joss te dé escolta hasta el camión. ¡Por mi piel! Sé caminar a lo cangrejo teniendo al codo una pared. ¡Vamos, hermana! Galopa.

El coronel Yakima alzó una mano, imponiendo silencio a Michael Garnett que iba a hablar.

Craig Judson se detuvo, pasándose el antebrazo por la frente.

—Manda la dinamita, soldado. Te vas a salir con la tuya.

Fué Ambros el que atrajo por los hombros a Bárbara Reed y la levantó en vilo entre sus brazos. La reacción tardía favoreció el resto de la «retirada».

En la entrada de la torrentera, quedaron de nuevo reunidos el coronel, Garnett y Judson.

—Ya tienes el oro, Mike Garnett. Y desde el camión hay dos ojos negros cubriéndome. El tirador de primera Joss Ambros y el detective baqueteador, Melvin Kennedy. Y sigue mandando la dinamita. Unos pasos más y nos perderemos de vista. ¿Duda de mi palabra, coronel?

—Le acompañaremos hasta la carretera, Moran. Tengo la suficiente experiencia para saber perder, en espera de poder ganar. Se saborea así doblemente el triunfo. Ahora, saboréelo usted a sus anchas, Moran. ¡Cállese, Garnett! Ya no estamos a la vista de los fanáticos Burma que necesitan un fetiche. Usted quiso maravillar a su esposa y fué un error. La pasión y los instintos han de dominarse.

El motor del camión roncó acelerado por la impaciencia de Ambros.

Fué Moran echando el resto del dinero. Craig Judson manifestó.

—Vigile a Garnett, coronel. Sería capaz de convertirnos en pulpa dinamitada, con tal de no ver alejarse a su adorada. Yo escoltaré cómo garantía en rehén al soldado Moran.

Súbitamente se arrojaron al suelo Moran y Judson, uno al lado del otro, tras un amontonamiento de guijarros.

Crepitaban ametralladoras, explotaban granadas de mano y las dos cumbres a cada lado de la entrada del desfiladero se convertían en humeante cráter de llamaradas y griterío salvaje entremezclado con el agudo toque de silbatos legionarios.

CAPÍTULO XVII

Varios guijarros destellaron, chispeando a poca distancia de la cabeza de Moran. Disparaba Michael Garnett, gritando frenéticamente como un poseso.

Roy Moran rodó sobre un costado, evitando por milímetros el culatazo aplicado por Judson.

El coronel Yakima hincaba el cañón de su automática en el pecho de Michael Garnett y se oyó su aguda imprecación:

—¡Nos atrajo a emboscada su maldita…!

Se cortó la voz, ahogada en los disparos que desde el camión taladraron lateralmente al australiano vestido de sedosas ropas mogólicas.

El coronel Yakima corrió hacia un surco, agazapándose. En el desfiladero fueron cayendo cuerpos humanos, algunos abrazados entre sí, en última pugna feroz.

Burmas y legionarios.

Craig Judson embistió cabeza baja, al apartar Moran de un puntapié desde el suelo, la mano que empuñaba el ametrallador.

Un estrecho abrazo confundió por un instante a Moran y Judson, que descubiertos en bestial rictus los dientes, aferraba por el cuello a su contrincante.

Alzaba de nuevo el ametrallador, esta vez asido por el portagatillos, dirigiendo la culata hacia el rostro del que, cabalgado, distendió la mano izquierda, abiertos índice y medio.

La «horquilla» cegó por un instante a Judson. El instante necesario para que Moran pudiera apartar el rostro y cabecear sañudo, desmontando a su jinete.

En pie, ambos volvieron a acometerse. En silencio, olvidándose de sus armas, primitivamente deseosos de emplear el arma prehistórica: las manos.

Descargó Judson su puñetazo a cambio de encajar un zurdazo en

la sien. Se tambaleó Moran, sangrante por la comisura de los labios.

El cigarro humeante yacía cerca de la cesta abandonada.

Craig Judson, en cuerpo a cuerpo vertiginoso, martilleó con ambos puños los flanees de su rival, que alzó una rodilla al tiempo que bajaba los puños.

El sargento desertor esquivó el rodillazo y los dos puños le rozaron lateralmente la cara, golpeando sus hombros.

Saltó hacia atrás Judson, abalanzándose. Hundió las manos en la cesta, abarcando varios cartuchos.

Sobre su espalda cabalgó Moran, entrelazados los dedos bajo el mentón de Craig Judson, que se debatió como un potro rabioso.

Entre disparos y explosiones, se hizo audible el alarido bestial de Craig Judson que, en escorzo de riñones y cabezazo, había conseguido dos cosas: alejar unos pasos a su enemigo y recoger el cigarro que aspiró resollando, lívido y sudoroso.

Aplicó al punto ígneo avivado, la mecha de un cartucho. Lo balanceó en dirección al camión.

Rasgó el aire un grito femenino.

Roy Moran, en zambullida horizontal, cabeceó el estómago de Judson, a la vez que le enlazaba la cintura.

El cartucho trazó un semiarco humeante, yendo a caer a mitad de su destino. Su impulso había sido truncado por la acometida de Moran, que con salvaje alegría fué conectando puños y rodillas, mientras resoplaba:

—Sólo… dinamita… el que tiré de prueba, imbécil.

En el suelo, entre guijarros, acaba de consumirse el papel parafinado que envolvía algodón.

—Un… plomo… en la cesta… y hubiera volado yo… Bastaba un botón… como muestra…

Craig Judson dobló la rodilla, lacios los miembros, sacudiendo la cabeza, restañándose la sangre.

Ante él, a dos pasos, resolló Moran:

—¡En pie, marmota! ¡Arriba, mi sargento!

Craig Judson se distendió en salto lateral opuesto a su adversario. Su diestra empuñaba el ametrallador, cuando el pie derecho de Moran le golpeó bajo la barbilla.

Disparó Judson a ciegas por vez primera en su existencia. Roy Moran, asiendo el caliente cañón, hundió la rodilla entre los

omoplatos de Judson.

Y oyó el jadeo suplicante:

—¡Dispara, imbécil! ¡Acaba con tu sargento, soldado Moran!

El segundo puntapié que aplicó Moran «en tijera», rompió las cejas del que, velados los ojos por cortina de sangre, y al borde del fuera de combate, repitió, forcejeando por la posesión del ametrallador:

—¡Dispara, Skelet! ¡Nos coparon!

Roy Moran empleó el ametrallador de Judson, a modo de maza, empujando por dos veces hacia abajo. Craig Judson dejó de removerse.

Inclinándose, colocó Moran su hombro bajo el sobaco de Judson, atrayendo hacia sí el brazo. Arrastrando los pies, asido inconscientemente del cuello de Moran, Craig Judson no podía oír el alejamiento progresivo del tiroteo y estampidos.

Un pelotón legionario aparecía por el desfiladero, cuando Craig Judson yacía ya boca arriba sobre dos fardos de algodón en el compartimiento de carga del camión.

Al volante. Ambros dijo con seca brutalidad:

—Vienen los legionarios Se cargarán a Judson.

—Ésta es nuestra chabola, Joss. Y este… iba con nosotros. Haz la señal de que no hay novedad, Joss.

Kennedy atajó el avance de Bárbara Reed que, desde el asiento delantero, quería deslizarse hacia el interior. Briony bajó del camión con Amaros.

Un sargento legionario gritó:

—¡Falta uno de los tres Mogol Kuan!

La voz de Ambros tuvo zumba afectuosa al replicar:

—Busque por otro lado, mi sargento. Por aquí, sin novedad. Todos gozando de buena salud…

Roy Moran, sentado junto a los fardos, refunfuñó:

—Te fusilaran por imbécil. Por formar equipo con un loco y un japones rebelde a la paz. ¿En qué mascarada te fuiste a meter?

Parpadeo Judson, tras restregarse los ojos con el dorso de las manos.

—No os seguían legionarios. Estuvimos al acecho desde el amanecer. Tuvieron entonces más suerte Mackey y Kirby. Puedes estar orgulloso, soldado. Llevas a tu sargento a la capilla legionaria.

—Tu ametrallador quedó ahí fuera, Judson. Puedes ir a recogerlo. Sólo te dispararé si intentas mirar hacia aquí. Vete con los tuyos, con tus Burma… y termina como un bandido, pero en pie, libres las manos.

Incorporándose fatigosamente, silabeó Judson:

—Aceptado, Skelet. En ti lo valiente no está reñido con lo bueno… con lo macho… Kirby y Mackey te apreciaban por esto, sin darse bien cuenta. No desertamos. Nos coparon unos Burma dirigidos por Yakima, que no quiso abandonar Tonkín. Yakima nos ofreció ser algún día oficiales del Poder Mogólico. La unión de las razas asiáticas… Tú elegiste el mejor camino.

Se dispuso a saltar Craig Judson y a punto de hacerlo, sonrió. Abiertamente, sin su habitual malignidad.

Se deslizó hacia el lugar donde estaba su fusil ametrallador, y se fué incorporando cuando la diestra distaba medio metro de la culata.

Sonó un tiro. El sargento legionario enfundó su pistola, tocó el silbato y partió hacia el desfiladero, seguido por su pelotón.

Roy Moran, imprecando, fué a arrodillarse al lado del que boca arriba, sacudido el cuerpo en espasmódicas convulsiones, agonizaba.

—¡Por mi piel lo juro, mi sargento! No sabía que esperaban.

Los párpados magullados de Craig Judson equivalieron a una afirmación repetida. Sus delgados labios sanguinolentos se movieron.

—Me han copado… porque no estabas tú conmigo… Skelet. Hola, Ambros.

—Mala suerte, mi sargento —susurró Ambros.

—Mejor os la deseo, pareja de… marmotas. ¡Vamos, hermanos, al galo…!

Craig Judson permaneció quieto, con la boca abierta, vidriosos los ojos.

Irguiéndose, dijo Moran:

—Lo engañó el condenado japonés y el otro loco. Tenía sus defectos, pero era muy hombre el sargento Craig Judson. ¡Vamos, hermano! Ayúdame. No era un salvaje Burma para que lo dejemos aquí.

El teniente Bretonel llegó poco después para dar la orden de

«libre circulación». Se apartaron de la carretera varios legionarios.

Y dió su consentimiento a la petición de Roy Moran:

—Nadie puede oponerse a que sea enterrado decentemente este hombre. Tendrás que declarar cómo sucedió, Skelet.

—Estaba sin sentido cuando lo trasladé aquí dentro. Y no podía entregarlo. Fué mi sargento y le dieron a escoger entre morir o sumarse a los Burma. ¿Usted qué hubiera hecho, teniente? Después le dije que por mí que se hiciera matar en otro sitio, donde yo no lo viera, y saltó del camión. Entonces lo cazó a tiros un legionario…

—Antes me tuteabas, Skelet. ¿Es que ya no somos quienes somos, o qué rayos pasa? —Y bajando la voz, añadió el teniente Bretonel—: La tienes fascinada a la hermosa rubia, bandido. No seas sentimental, y acuérdate del refrán: «El muerto al hoyo y el vivo… ¡a ella!». ¡Que es un dulce pastelillo. Dale al pedal, Bros! Buen viaje, señoras y caballeros. La Legión agradece la ayuda prestada.

Y el teniente Bretonel saludó marcialmente al paso del camión. Después, dando media vuelta, suspiró resignado:

—Así es la vida, «mon vieux». Los que mueren al hoyo… y la rubia para el vencedor.

Y volvió a su obligación: participar en el cerco cada vez más cerrado en torno al último núcleo Burma.

CAPÍTULO EPÍLOGO

Melvin Kennedy explicó concisamente el misterio de Mogol Kuan.

Michael Garnett agonizando, en la creencia de que era el coronel Yakima el que le malhirió, declaró que desde el año 1939 era miembro secreto del Kempei Tai.

Al conocer a Bárbara Reed, se enamoró, sin comunicar a sus superiores que iba a contraer matrimonio. Y el mismo día de la boda, recibió un telegrama cifrado ordenándole se trasladase a Aukcland solo.

El servicio secreto japonés lo convirtió en el Mogol Kuan, que esperaban los Burma, a los que había ya preparado el coronel Yakima.

Después, Garnett impuso como condición para seguir siendo el cabecilla de los Burma, que Bárbara Reed fuese suya. Aportaría cincuenta mil guineas oro destinadas a comprar armamento.

Los propósitos de Yakima eran extender núcleos hostiles al dominio occidental, fraguando lentamente la unión de diversas tribus de ascendencia mogólica.

Melvin Kennedy se calló un detalle: había sido él quien disparó contra Michael Garnett. Lo justificó ante Ambros diciendo que Garnett sólo deseaba una cosa: matar a Moran.

Y Roy Moran fué aquietándose cuando Joss Ambros le juró que no sabía nada de la expedición legionaria.

Había sido Kennedy.

Esto lo explicó Bárbara Reed.

Cuando Moran y Ambros accedieron a escoltar en su camión a la que quería rescatar a su marido, Kennedy fué a visitar al apacible comerciante que era el jefe de información de la Legión Extranjera.

Le mostró el croquis y obtuvo la promesa de que mientras no corrieren peligro las vidas de Bárbara Reed y quien la escoltase, la

Legión no intervendría.

Y aquella misma noche, valiéndose de las tinieblas, dos Banderas se movilizaron ocupando posiciones entre la vegetación, en extenso anillo sitiador de la torrentera seca.

La explosión de un cartucho de dinamita, fué para ellos como la señal de ataque.

Bárbara Reed terminó diciendo:

—Briony está muy afectada. Debería usted consolarla, Joss… Dígale que Mike Garnett no sufrió…

Joss Ambros abandonó apresuradamente el despacho de la agencia
«Skel & Bros».

No le habló para nada de Mike a Briony Garnett. Habló del tiempobálsamo, de lo solo que se encontraba, de la profunda impresión que instantáneamente le causó ella…

En el despacho, tras un largo silencio, preguntó Moran:

—¿Fuma usted Bárbara?

—No, gracias. Aborrezco el tabaco.

—Magnífico… Yo también.

—Sin embargo, le estoy viendo con aquel cigarro encendido, y la dinamita… Varias veces estuve a punto de desmayarme…

—Lo hizo a tiempo, en el momento más oportuno. Bien, yo creo que se hizo lo que se pudo, y la conciencia nada me reprocha. ¿Cuándo piensa regresar?

—Mañana a las once, parte un «SuperConstellation». ¿Se molestaría, si le rogara que aceptase este cheque?

—Déselo a Joss. El llevó el camión —indicó Moran, que examinando las cifras extendidas en el cheque, pestañeó—: Convine con Kennedy, diez mil Aquí dice treinta mil guineas oro.

—Gracias a usted, se recuperó el dinero del rescate. Además, al caer exterminados los Burma, la competencia de los demás transportistas menguará sus futuros beneficios…

—Convencionalismos —replicó Moran.

Había querido decir: «Tonterías»… Pero estaba pensando que, muerto Michael Garnett, ya sólo existían dos barreras: los convencionalismos… y el obstáculo más importante: Bárbara Reed no le quería.

Ya en la puerta, tendió ella la diestra.

—Gracias por todo, Roy.

—No hay de qué. Buen viaje, señorita Reed.

Estaba ella en el umbral. Se volvió y declaró nerviosamente:

—Espero volverle a ver en Sidney o en Perth, Roy.

—Sí, señorita Reed.

—¡Oh! Déjese de «señorita Reed». Ayer me llamaba usted «muchacha» y «hermana»… Prefiero que me diga «muchacha». Y por cierto, ahora recuerdo que no acabó de contarme… lo que en sueños, despierto, pensaba de mí… Prácticamente, yo no sentía amor por Michael, sino intriga. Me abandonó porque era agente secreto japonés… Pero fue orgullo, y también compasión lo que me indujo a rescatarle… Tal vez si usted hubiese hablado…

Roy Moran cerró la puerta, y asiendo por el codo a Bárbara Reed, caminó en larga zancada, casi arrastrando a la que no oponía la menor resistencia, pero no tenía el largo compás de Skelet Moran.

Y en el interior del despacho, dijo Moran:

—Los habrá más distinguidos y guapos que yo, muchacha. Pero así como en Mike fué la soledad lo que convirtió en irresistible pasión el recuerdo de una mujer bonita a la que adoró espiritualmente, en mí, sucedió lo mismo pero desde mucho antes… Con pasión besaba tu fotografía… Y si el amor pudiera contagiarse, serías puro fuego de amor. Deja que vuelen unos cuantos aviones, antas de regresar. Piensa que todo el salvajismo que me achacan, no era más que un desfogue, en el que buscando morir, no podía apagar tu visión ardiendo en mi alma… Y se puede ser romántico con salvajismo, pero no teniéndote tan cerca, mi dulce amor… Para mí el infierno era estar lejos de ti… y el cielo tus ojos así, mirándome entre asustados y compasivos… ¡No quiero compasión, muchacha! Vete o habrá otro rescate en Tonkín, pero esta vez juro, por mi piel, que no habrá valiente que te rescate…

—Necesito un «ProtectorMan», Roy, que sea como tú, salvaje y cariñoso, que me quiera con pasión romántica, y que…

Roy Moran se sumió en un éxtasis que le recordó los fuegos de diversos colores que ante sus ojos formaban cortinas de metralla, y explosiones en cráter.

Y, sin embargo, los labios de Bárbara Reed eran suaves, deliciosos…

Desvanecido el éxtasis del primer beso, Roy Moran dijo en un murmullo:

—Yo soy el «PMan» que buscas, muchacha.

—Sí, Roy —suspiró ella, que poco después susurraba—: Mi adorable salvaje…

FIN



Cuando el reportero de guerra Rik Morgan regresó del Lejano Oriente, poco imaginaba que sobre el asfalto de San Francisco le aguardaba, con palpitos de muerte, una guerra más cruel, despiadada y terrible que la que él había dejado sobre las ardientes playas del Tung-Lai...

¡Una guerra convertida en muerte al acecho por obra de Jake Canino, el más peligroso traficante de drogas del mundo!...

MARK HALLORAN

el dinámico y famoso escritor, ha titulado a este sensacional e impresionante relato:

TABACO INGLES

en cuyas emocionantes páginas alienta una aventura pavorosa que le helará la sangre en las venas: ¡La aventura de un hombre audaz y una hermosa mujer, conjurados contra un dramático secreto que sólo con su muerte podría conocer el resto del mundo!

TABACO INGLES

una de las mejores selecciones publicadas en la gran

COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

que se ofrecerá en su próximo número

LLUVIA DE ESTELLAS



N.º 53 El famoso intérprete de "El motín del Caine" nació en Rhode Island, en 1916 Evie Wynn es su esposa. Llegó al cine procedente de los teatros de Broadway.

Foto de la película "El fin de la aventura" — COLUMBIA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 ptas. — Printed in Spain — Precio en la Rep. Argentina: $3'50

NOTAS

[1]
B. A. R.
: Browninq Automatic Riffle. <<

[2] Las tropas Anzac procedentes de Libia, para el contraataque final que debía acabar con el dominio japonés, adornaron sus sombreros de ala levantada a un lado, con un galón de terciopelo amarillo. Fueron apodados «Velvet» (terciopelo), en contracción de las palabras voluntarios y veteranos. <<

[3] Te despellejaremos, mi vieja, así como a tus Podridos-Corderos. <<

[4] Bandido romántico que se hizo célebre en Australia, a mitad del siglo pasado. < <